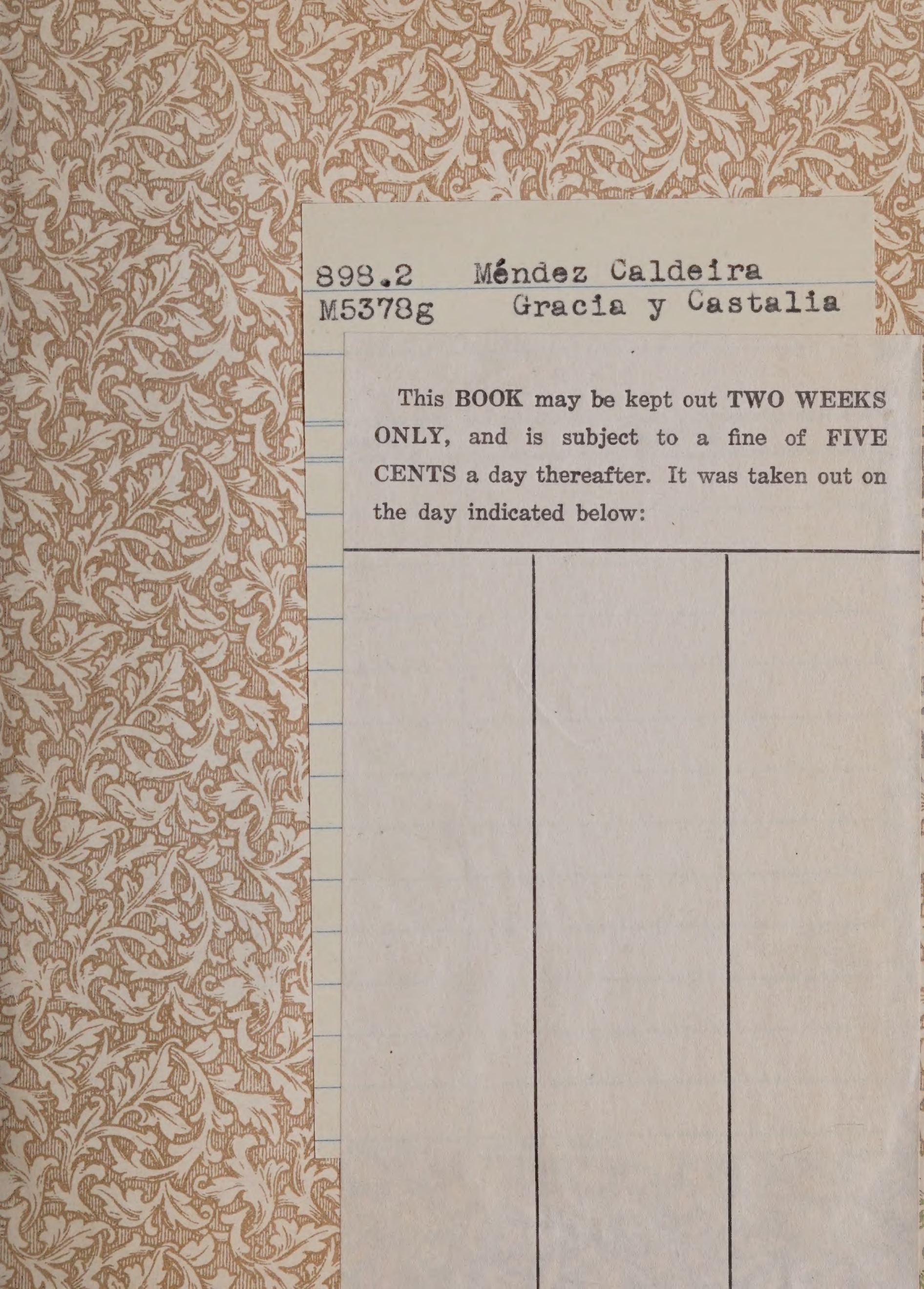




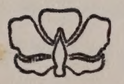
898.2 Méndez Caldeira
M5378g Gracia y Castalia
This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

GRACIA Y CASTALIA

MARÍA ÁNGÉLICA MÉNDEZ CALDEIRA

Gracia y Castalia

POEMAS EN PROSA



M. GLEIZER, EDITOR
TRIUNVIRATO 537
BUENOS AIRES
1 9 2 3

A

EMILIO Y ARCELIA

GRACIA

Forma velada de beatitud perpetua, eternamente contemplativa. Cáliz de inmortales esencias. Casta fuente de aguas vivas. Blanca estrella deslumbrando en el misterio. Copa de plata, en cuyos néctares sagrados, guarda rudeza acerba de místicos crisoles deificantes.

Llama fuerte, luz de vida. Eucarística paloma, ungida de inmortalidad. Almizclada azucena de inmaculada albura. Gracia, suma belleza, visión de ensueño azul, soplo sagrado.



LA MIRADA DE DIOS

Zahumerio de glicinas, suave bálsamo en el aire azul.
El olor de los mirtos me desvanece. Y de las magnolias y el verde cedrón.
En el follaje de un almendro, canta la alondra.
Ebria de luz, en el aire azul.
Soplos saturados de aromas, besan mis sienes.
Dulce almizcle de lirios, esencia de nardos y suave muget.
Vuelca el almendro, sobre mis sienes, las plateadas hojas de su flor.
Tiembla el almendro, cabe la nube de lluviosa plata.
Y la emoción de la dicha, ha tornado blanca mi frente
Tan blanca, que más parece rayo de luna.
O, diáfana corola de lirio.

Más, toda esta belleza, es cosa vana.
El canto de la alondra, un almendro que vuelca sedantes hojas plateadas, sobre mi frente bañada de luna.
El hálito de incienso, en la luz y en la flor.
Todo me sabe a caducidad. A no ser, la belleza que vibra en ella.

Chispa azul, en bálsamos o cantos.
Alma esencia, de aroma, de soplo, de vida.

Quisiera el descanso ahora, por que el mucho gozo del espíritu, anonada.
Me anonada, porque estoy hecha de carne doliente...

Cayeron pesados mis párpados.
Y en el arcano, las brumas tejieron un delirio loco.
—¿Sueño o realidad sentida? No sé precisar.
Visiones traslúcidas, rosados albores, intangibilidad en el horizonte...
Y en velos de tinieblas, vívido fulgurar azul.
—¿Sueño o realidad sentida? No sé precisar.
Algo que por lo trágico debió ser sueño.
Y por lo impenetrable y doliente. Y por lo intenso y absurdo.
Empero, lo real en él, dolor.
El agudo dolor que infundió en mí, su apagado mirar. Y en él, se llevó prendida mi alma. El agudo dolor, tan inefable, como la postrer mirada de mi dicha.
¡Oh, dicha mía que ya no existes!...

No podré arrancar más de mí este dardo. Tósigo que carcome mi carne. Saeta que vibras en mi alma. Y en ella arraigas, en sus fibras más sensibles...

Más... Siento aplacar mi candente martirio. Rá-

faga vivificante sobre el soplo letal.
En la cumbre de mi calvario, destila un bálsamo.
Suave frescor, calma sedante en mi delirio ardiente.
Háme ungido de gracia, en la luz ideal.
De placidez, en la cumbre de mi desdicha. Y es que ahora, estoy bajo su mirada...

Cual límpidas estrellas, son glaucas sus pupilas.
Infunden la serenidad de los azules lagos de Sulén.
¡Fluido bienhechor, brillan en mi alma tus radiaciones!
Cual límpidas estrellas, son glaucas sus pupilas, dulces manantiales de vida.

Celeste mirar que me envuelve en su resplandor y todo él me vivifica.
¡Es tan inefable!... Y sus manos, más parecen diáfanos capullos de lotos, con esencia de luz, o estrellas blancas...

Más, todas estas bellezas, lotos y estrellas, me saben a caducidad.
Si no fuera por lo que a ellas anima, esencia o latido en el aroma, en la luz, en el viento y en la harmonía.
No gusto de bellezas temporales tanto, más creo en lo invisible de tu belleza.
Más, creo en el misterio de la esfinge que palpita en élla.

¿Y el sueño bajo el zahumerio de las suaves glicinas en el aire azul, el canto de la alondra, el acariciante soplo del almizcle y la plateada lluvia del almendro?...

—Creo debió ser sueño, lejano sueño...

Empero... diz, hay quienes llaman a eso vida. Otros, muerte...

Yo creo debió ser muerte, porque no sentía libre el espíritu.



OFRENDA

Mi barca cruzó ya el negro mar y está serena mi cara.
Traigo para vos mi ofrenda. Es la perla que extraje, no del fondo del mar azul, sino de lo profundo de mis sombras.

—¿Ves?...

Es blanca y sutil cual la espuma y tan irisada como los nácares que en el ocaso, cuando te ocultabas en el sol, volcabas sobre los cálices de los lirios.
Ahora que siento la caricia celeste de tu hálito sobre mi frente, me acuerdo del soplo tibio, que tiernamente desprendía de su diáfano broche, los hojas de las mandrágoras fragantes y en tu voz hallo una melancólica dulcedumbre, tan melancólica cual el canto del viento sobre mi choza y entre los cañaverales, en la quietud de las noches profundamente serenas bajo la azulada luminosidad.
Mi barca cruzó ya el negro mar y está serena mi cara.

Traigo para vos mi ofrenda. Es la perla que extraje, no del fondo del mar azul, sino de lo profundo de mis sombras. Y te miro lleno de asombro, porque irradias sobre mi alma apacible, cual la luz azul de las estrellas lejanas, sobre el estanque blanco de lotos y veo, lleno de dicha que eras el fulgor

de luz, que suavemente besaba mis párpados cada día. Y de la misma manera, te ocultabas en el sol y en el agua para dar la vida. como en el dulce rocío que chispeaba sobre los arrozales y en la calma de las praderas azules.
Veo en tanto, que eres, aquel espíritu misterioso que imperaba, iluminando con su luz fuerte, el mundo de los sueños...

Mi barca cruzó ya el negro mar y está serena mi cara.



ATROPOS

¡Madre muerte!... ¡Fuente sellada!... ¡Maga triste con rostro de luz!...
¡Horizonte intangible, cofre de litúrgico aroma, a ti, yo te canto!
Porque presiento que nomás en tu regazo, habrá paz para mi alma...
¡Oh, tú!...
La misteriosa inexorable, ante el momento trágico, que nos pone un interrogante supremo en el alma, como un grito de angustia y una garra en el frío corazón...
¡Madre muerte... presiento que nomás en tu regazo, habrá paz para mi alma!...



FUERTE ESCUDO

Si llevas en ti la luz de la sabiduría, no rendirá tu fuerte escudo el dolor de tu destino, ni aún cuando el ensueño te deslumbre. No rendirá tu escudo, la musa escarnecienee del dolor, que en las sombras acecha. Que desde su caverna arroja la saeta y te envuelve en siniestras redes impalpables, tan siniestras, cual lúgubre canto de Megera. No rendirán tu escudo los espectros vigilantes de las encrucijadas. No deprimirán tu espíritu los pesares, no te exaltarán los placeres, ni aún del deleite el vértigo, que para eso eres vidente.

Tu alma será, áurea coraza destellando en las brumas, flor candente hecha albura en el cilicio. Lago sereno en que reflejen los astros del misterio. Casta fuente. Diáfano cristal de azules aguas, surcado por albos cisnes con plumón de luz. Receptáculo de harmonías y aromas inmortales, cual lírico pensil. Alma pura. Dulce castalia, nítida estrella. Copa de fragantes mieles, en cuyo néctar liban sutiles mariposas aladas de sol. Alma cual dulce castalia plena de harmonías, cáliz de místico ensueño, en donde acuden a libar luminosas deidades envueltas en velos impalpables cual ropajes de espumas sonrosadas y aureoladas de mirto y blancas rosas.

Anfora de pureza que guardas el encanto de aro-

mas leves, de litúrgico eucarístico candor. Lago sereno en que reflejen los astros del misterio. Huerto cerrado, en donde el viento es tañedor de harpas eólicas y citaras angélicas, vibrando entre el boscaje, cual orquestas aladas de lo ignoto.
Néctar dulce en la mirra, lampo celeste. Cristalina torrecilla luminosa en donde casto vela el ángel de la calma, de la paz augusta. Alma pura, bálsamo sedante. Pólen de vida, germinadora de energías inmortales y receptáculo de dolores deificantes.
¡Alma serena, fuerte escudo, yo te contemplo toda blanca cual cendal de luna, bajo un lampo dorado, hierática en tu alba veste y ceñida de olivo la pura frente! Símbolo de pureza inmaculada, de beatitud perpetua, lirio almizclado, loto de espuma, piedra tallada y purificada en el crisol de Maya y del misterio, de todos los enigmas...
¡Maya, madre nuestra! ¡Flor azul en vaso de oro, en cuyo cáliz guardas el néctar divino, que liban los mortales en tu esencia, el néctar supremo de la vida. Copa de ensueño azul, soplo sagrado.

Alma blanca, símbolo de dolor, piedra tallada, de trémulas facetas deslumbrantes y purificada en el crisol de hermética Melpómene, de todos los enigmas.
¡Melpómene, triste deidad, maga implacable, madre doliente, cáliz acerbo de rudeza aciaga, implacable ante el signo del hado oculto, fantasma vigilante, surgiendo en el abismo azul de lo insondable, fruto con sabor de muerte, triste deidad, Melpómene santificadora! Antítesis suprema del deleite del sumo gozo!

¡Lúgubre maga alada de misterio, inviolada en tu máscara trágica, en tu cetro secular y en tu rictus sarcástico a los hombres!
Fuerte escudo, símbolo de albura, piedra tallada en el misterio de Atropos y purificada en el crisol de todos los enigmas.

¡Atropos, madre muerte, lúgubre o gloriosa! Radiante bajo el lívido espectro de tu sombra, de tus alas glaciales, cual sombríos crepúsculos en tu eterno desflorar. Siniestra solitaria presidora del ocaso supremo de las almas, cual cirios parpadeantes, extinguiéndose en las brumas de las noches fatales.
¡Atropos, madre muerte, luminosa redentora!
Si llevas en ti la luz de la sabiduría, no rendirán tu fuerte escudo. Alma casta, hierática en tu alba veste y ceñida de olivo la pura frente. Suma esencia, santificada en la celeste llama redentora. Juego de un hado oculto, sigue la luz de tu lejano astro, la faz serena vuelta a las estrellas y en los labios, palpitante, el salmo de amor a la vida inmortal.
¡Astro azul desgarrando las brumas de la noche glacial con mudez de sepulcro!

Si llevas en ti la luz de la sabiduría, no rendirá tu fuerte escudo el dolor de tu destino, ni aún cuando el ensueño te deslumbre. Has de vibrar, solamente, a la caricia, al soplo del ideal amor, "el inefable". No rendirán tu fuerte escudo que para eso eres vidente. Unge de tu piedad a los pobres de espíritu

y prodiga los bálsamos de tus dones que para redimir te fueron dados .

No rendirá tu escudo, el apagarse de tus azules astros, ni rosadas quimeras, de los muertos ensueños, ni la desventura del eterno adiós.

No rendirán tu fuerte escudo que para eso eres vidente.

¡Alma casta, yo te contemplo toda blanca, cual cendal de luna bajo un lampo dorado, hierática en tu alba veste y ceñida de olivo la pura frente!

Deslumbrante en tu vuelo y en tus diáfanas alas, resurgiendo gloriosa en el soplo de luz. Blanco cendal de luna, sobre un campo de azucenas. Nítido cristal de azules aguas. Lago sereno en que reflejen los astros del misterio. Flor candente hecha albura en el cilicio. Harpa sonora de harmonías inmortales y receptáculo de dolores deificantes. Fuerte escudo.

¡Astro azul desgarrando las brumas de la noche glacial con mudez de sepulcro, alma casta!



CORONITA DE CEDRO

Tú tejías humilde la coronita fuerte como el cedro y perfumada de sándalo moreno, mientras el espíritu del viento, llevaba muy alto tu cantar.
Entre las espinas, como coágulos sangrientos, fulguraban las florecillas escarlatas de tu pasión y en sus cálices bermejos, ardía la llamita de tu amor. Desprendieron del espinoso arco las rojas florecillas y pendían cual líquidos rubíes en el aire azul. En tus ojos pensativos y tristes, ardía como tributo de holocausto, la llamita bermeja de tu amor.

Tú tejías humilde la coronita fuerte como el cedro y perfumada de sándalo moreno, mientras el espíritu del viento llevaba muy alto tu cantar.
Pasó la noche de las espesas brumas y al rayar la alborada feliz partiste. Ibas pensativa y triste como otrora, cuando humilde tejías tu arco espinoso de escarlatas florecillas. Cruzaste los suaves prados de rosa, iluminados con todos los colores del iris, holló tu planta, con levedad de espuma, las praderas azules, en donde entre lirios luminosos pastan corderillos de blancos vellones, cual las nubes espumosas. Surcaste, sutil dilatados mares de azules brumas y tras horizontes intangibles, se perdió tu huella y tu cantar. Atrás quedó la noche y contigo sólo

llevaste el cedro fuerte en tu espíritu y en tu hálito, el perfume del sándalo moreno que, bajo su celeste mirar, exhalabas, como las flores sus embriagantes aromas, bajo el beso devorador del sol. Se perdió tras horizontes intangibles tu huella y tu cantar. Y para tí quedó la negra noche, sepulta en las brumas del olvido. Ya, en otras moradas muy lejanas, has de ser ángel de candor, de alma tan pura y brillante cual ramillete de estrellas.

Tú tejías humilde la coronita fuerte como el cedro y perfumado de sándalo moreno, mientras el espíritu del viento, llevaba muy alto tu cantar.



MARIPOSA DE LUZ

Prosternate sobre el polvo de tus hermanos. Loa su fortaleza y la potestad de espíritu que te dió el alma de los mundos. Levanta tu frente. Prodígate en esencia a la tierra, a los seres. Da al sumo bien tus dones. Complace al Creador con tu tributo.
¿No ves alma, cómo sus criaturas llenan de harmonías el espacio?
Enjambres de pájaros multicolores, tejen en la polifonía de sus timbres, musicales arpegios, que melodiosos resuenan bajo la comba azul, cual dulces ocarinas.

Irisan las flores, en temblorosas luces y esmaltes luminosos y los cálices vuelcan embriagantes esencias, en las frescas ráfagas del viento. Las estrellas más lejanas, envían a la tierra su pálido fulgor. Bajo la lumbre del sol, destellan como lluvia de oro millares de coleópteros zumbadores, de dorados coseletes o esmaltadas corazas y alas diáfanas.
Prosternate sobre el polvo de la tierra, alma. Loa su fortaleza y la potestad de espíritu que te dió el alma de los mundos. Levanta tu frente. Prodígate en esencia. Complace al Creador con tu tributo.
Sé santuario del que emprenderá su raudo vuelo, la mariposa de luz, a las alturas.



LIRIO SOLITARIO

En una humilde choza situada en el recóndito y solitario albergue de las lejanas Indias, moraba un santo bonzo alma de lirio. En aislado lugar, semioculto como un nido entre los bosquecillos de tamarindo de las selvas misteriosas, de noches abismales y profundas en que la luz blanca de la luna baña de plateado lampo azul la paz de las praderas silenciosas y calmas, como la quietud augusta de los sepulcros, bajo las inmóviles pirámides del desierto.
Como un espíritu misterioso de la desolación adormecida, nace un ignoto susurro que se apaga, como hálito acariciante en el arcano y en el lánguido ensueño, flotan aromas leves, lejanos ecos que se extinguen como una estela deletérea, tenues sonidos en la serenidad, ignotas palpitaciones en el aire, tibios soplos de esencias extrañas desvaneciéndose en el viento que pasa cantando su canción monótona, cual invisible ave nocturna errante en la soledad de la profunda selva, dejando a su paso angustiosa quejumbre en el misterio de la serenidad adormecida.

Bajo el lampo sereno de la luna, meditando en cuclillas, el santo varón, evoca el Nirvana glorioso. La

fluidez de los haces de plata, desplomándose sobre su rostro, le diafanizan bajo el torrente nítido. La abstracción profunda, contrae en sagrado rictus de beatitud suprema, su faz hierática. Háse transfigurado y su forma terrena, transubstanciada en espíritu etéreo, flota sutil en remota inconmensurable altura, más allá de los astros lejanos, en una atmósfera dorada, tan áurea y diáfana, que es él un átomo flotante entre los átomos de oro.

Honda abstracción la suya.
Inefable beatitud colma su alma, nívea flor de pureza
En los efluvios de harmonías aletean embriagantes aromas, místicos y vagos soplos de vida eterna. Mora en el Nirvana y aniquilado su yo sensible, háse identificado con la divina esencia universal y eterna. Es parte del alma y fuerza que rige al universo. Redentora y única intangible realidad invisible y perpetua. Es un átomo del alma que palpita en lo absoluto. Y en sus hondas abstracciones de beatitud, ha concebido y tomado forma tangible en su mente ardorosa, el Nirvana intangible. El estado "puramente espiritual" del justo.

Háse desprendido del ser, su puro espíritu y tal un liberado viviente", vaga en la abstracción morando en el vacío. En el estado perfecto de los castos y cual otro lirio solitario, su espíritu puro, mora en vida el Nirvana, el glorioso aniquilamiento creador

Su yo sensible goza en la plenitud, transubstanciado en el yo universal y eterno.

Luminoso soplo azul, enciende el horizonte de diáfana atmósfera resplandeciente
De la fantasmagórica luz, surge Budha enigmático y cual astro blanco de limpidez maravillosa, vibra, esparciendo en todos los ámbitos desde las nubes hinchadas de plata, luminosos torrentes y mística sensación de placidez inefable. Hé ahí su imágen diáfana en el arcano y el suave susurro de su voz en lo ignoto. Habla el sublime: —"Roto está el cuerpo, extinguida la imaginación; se han desvanecido las sensaciones, las formaciones descansan, el conocimiento ha entrado en el reposo".
Y la intangible voz lejana, se pierde como ténue rumor de las harmonías siderales.

Plácida sonrisa, ilumina su faz gloriosa impregnada de inefable mansedumbre que desmaya cual caricia sedante en la ignota dulzura del ensueño.
Glaucos sus ojos castos, como traslúcidas gemas de esmeraldas pálidas, destellan luces sagradas y púdicos fluídos de dulcedumbre y amor, girando lánguidamente. Sonríe beatífico y cual albo loto de luminosidad resplandeciente la inmaculada flor de pureza de su alma, dilata fino aroma de mística esencia en las diáfanas ondas de traslúcida plata, en el embriagador misterio de harmoniosas sinfonías en la paz de las praderas. Vago ensueño, bajo el so-

plo azul, lánguida abstracción de un remoto Nirvana resurgiendo del arcano ante el deslumbramiento íntimo del santo bonzo.

Sobre el espejo negro del estanque, pasan rozando como insectos de alitas luminosas, fosforescentes luces de bengala fugitivas.
Estridente concierto metálico, quiebra de pronto la honda quietud adormecida y sus timbres sonoros, desgarrando la calma serena, elévanse en ondas vibradoras, esparciendo sus ecos en la augusta soledad, bajo la comba sonora, como vibrantes alas de metales cimbradores hasta desvanecerse como velados tímpanos en las lejanías del espacio. Un ténue remolino de viento sopla las secas hojas de bambú que ruedan crujiendo entre el fino polvo hasta caer sobre las quietas aguas del lago bendito. En tanto, entre la lujuriante selva y entre la flora salvaje y los bosquecillos de tamarindos, acechan feroces cocodrilos de ojos de fuego como brazas vivas, moviéndose tardos bajo las rudas corazas

*

Los raudales celestes tejen musicales harmonías en el vacío sidéreo y bajo la atmósfera sagrada del "sublime" palpita tremendo soplo de vida. Es el latido intangible en el arcano, Así evoca en su santo éxtasis el místico bonzo al Nirvana glorioso. Morando en esencia, en todo lo que vibra y palpita en lo absoluto. Es un fluído que se esparce, fluidez y poeencia de vida misteriosa, ascuas vibrantes e in-

visibles deslumbrando en el vacío, "allí donde se observan los preceptos". Bajo el puro mirar del Enigmático, en el celestial Nirvana, logrado mediante el talismán glorioso de penitencia, castidad y caridad. Y es el alma, un fluído de amor vivificante, el perfecto y perpetuo estado de virtud predicado y observado por el "sublime". Son radiantes espíritus de luz gloriosa, bajo su casta pupila abierta sobre el vasto universo. O bajo la invisible fuerza de la vida que esparce bálsamo inefable de místico deleite. Tal la visión del celestial espíritu transubstanciado en abstracción a lo absoluto e identificado con la esencia divina, universal y eterna. Es fuerte espíritu de candor entre los otros, o átomo dorado. Loto de albura inmaculada entre los albos lirios, de sublime pureza. Flores que el Eterno, fundiendo en una sola sus esencias, creara con su soplo azul para su gloria y la eterna beatitud de los bienaventurados y amalgamado en la sublime esencia que vibra y palpita en lo absoluto. A modo de una sacra esfinge votiva, intangible y real, perdurando a través de los milenios en muda, harmoniosa y contemplativa forma velada de gracia perpetua, ante el prodigioso enigma del misterio.

BELLEZA ETERNA

—¡Salva seas en tu pureza y candor! Sea tu guía el amor que es caridad.

—Elévate en espíritu y me hallarás en el interno cielo.

—Cultiva las virtudes con que orné tu alma y serás perfecta.

—No yerres la senda y día llegará en que dado te sea contemplar las delicias de mi reino, el reino del amor y de la gracia.

—¡No desfallezcas, tú que llevan en tí vigor! No desmayes en lo adverso y llegarás conmigo a la eterna beatitud.

—En la voraz llama del amor terreno, no alucines tu alma, pues que yo hice de ella mi santuario.

—¡Salva seas en tu pureza y candor!...

—¡Grande es, Señor, mi gratitud y mi fe!...

—A tí amo y venero en el íntimo corazón.

—Guía, Señor, a tu sierva y bendícela sobre la tierra

—Haz que en lo eterno, sea espíritu de luz.

—Y cante el corazón en tu alabanza.

—Y cante en la tierra salmos a tu gloria.

—¡Llegue, Señor, a tí mi eucarístico canto. A tí que eres Padre amantísimo.

—En Tí adoro a la belleza, al sumo bien y al amor. En Tí hallan alivio mis cuitas. ¡Oh, manantial de amor! Y halla paz y consuelo mi llanto.
—¡Ven, oh luz increada y enciende en mi pecho el fuego de tu sacrosanto amor!

En forma vaga y sutil, se ha manifestado en mí la divina esencia Y el alma, siéntese confortada por su virtud. El hado propicio de mi ensueño, la ha purificado a través del acerbo cáliz. La ha depurado y por tal, yo le venero. ¡Oh, Padre! Yo le venero porque ha revelado ante mi alma atónita, el caudal de tesoros que guarda el sagrario de las inefables divinas dichas.
Yo le custodio con celo santo, yo le venero con unción.

—Haz, Señor, que el ideal perpetúe en mí, no obstante la consumación de mi envoltura. Haz que perdure en mí el misterio de su serena extrañeza, porque hay en él la virtud de hacer surgir del infinito ego, la revelación del cielo. El don supremo que él nos legara. Y en su extraña ventura, hay los efluvios del sol sobre la tierra muerta
—¡Haz que perdure en mí eternamente! ¡Haz que perdure en mí, aún cuando el sol se apague!...

Héme a la vera del ensueño. No obstante, hay en mi corazón el frío de la muerte.

—¡Salva, Señor, a tu sierva y bendícela sobre la tierra!

—Nazcan en mí las energías que atan las pasiones a la razón, en tanto Tú, misericordioso, vierte sobre mí a raudales el bálsamo bienhechor.

—¡Templad mi corazón, Vos que con gesto pródigo, viertes doquier tu piedad y colmas de tu amparo a los que de tu amparo han menester!

—¡Oh, alma desolada, no os ofusque el misterio de la belleza eterna!

—Ciertamente, hay más potencia en sus ocultas, formidables fuerzas, es más intenso que tus energías, más está en vos el Espíritu que rige al universo.

—La hora excelsa, del valor absoluto, ha llegado a ti y se ha manifestado en la forma más pura y radiante.

—No palidezcan tus labios, al beber en el vaso sagrado del acíbar y la miel, si en su fondo percibes aunadas las imágenes de la voluptuosidad y del dolor, que, empero, en trance tal, con presteza, a los umbrales de la bienaventuranza, se acercan los mortales.

—¡Bendecida sea tu alma en el dolor!

Le he escuchado y ya estoy pura, porque ha depurado en la divina llama mi corazón.

Y su voz, más dulce que todos los bálsamos, ha ungido mi alma del rocío bienhechor.

Y la ha dotado de los más puros dones.
Y ha puesto fortaleza en mi fragilidad
Y en mis lobregueces una antorcha de luz. Luz de eternidad.
Le he escuchado y ya estoy pura, porque ha depurado en la divina llama mi corazón.



RONDA DE ALMAS

Noche espectral, azul y plata. Boga Selene en un mar de crisólito, polvo impalpable de oro lunar. La calma es profunda y serena. Las celestes almas prosternadas, como azules sombras, besan el polvo, envueltas en cándidas vestes y las frentes nimbadas de luz. Y es un ensueño entre los sueños, el albo coro fantasmal, bajo el lampo azulado, desmayando en cendales de plata.

Surgen sobre las nubes, en radiantes giros, van diáfanas, ligeras surcando el espacio, purificadas por el martirio. Remontan las alturas, flotando en inconmensurable lejanía, cual fluídos de esencias fulgurantes, rumbo a la eternidad

Noche espectral, azul y plata. Boga Selene en un mar de crisólito, polvo impalpable de ambarino lunar. La calma es profunda y serena. Mas alto que las aves surcando el espacio, descojidas las crisálidas alas, las cristalinas flores en el vacío de luz.

Las celestes almas se prosternan, como azules sombras en las espumas. Cual las nubes de plata, flo-

tan en el espacio y las alas crisálidas destellan, bajo el lampo lunar y tiemblan en las sienes de albura inmaculada, áureos halos de luz.

A través de los astros y los mundos ignotos que giran silenciosos, en la vasta grandeza del espacio, en pos de las estrellas, luces vivas, parpadeantes, en la quietud serena, como glaucos diamantes de trémulas facetas, prendidos en los tules.

Noche espectral, azul y plata. Boga Selene en un mar de crisólito, polvo impalpable de ambarino lunar. La calma es profunda y serena.
Remontando lo ignoto, van las puras almas, cual celeste flores cristalinas, al ansiado edén. Más allá del dolor y de los sueños. Más allá de la muerte. A beber en las fuentes de la vida.

Cual plateados cendales espumosos, flotan en el viento cargado de aromas, músicas de alas y arrullos sedantes, maravillosamente ungidas por el soplo azul.

Van diáfanas, ligeras, surcando el espacio, al lugar de la suma gracia, palpitando cual caricia sedante de perfumada brisa en el misterio. Y con los astros, forman guirnaldas y con las límpidas estrellas. Ascuas vivas, vibrantes, deslumbrando de amor en la inconmensurable eternidad.

Noche espectral, azul y plata. Boga Selene en un mar de crisólito, polvo impalpable de oro lunar. La calma es profunda y serena

YA NO ÉSTAS SOBRE LA TIERRA

Mi pensamiento no se vuelve al polvo que piadoso te cubre como un manto materno en tu sepulcro, ni al ángel pensativo de albas alas, ni a las dulces violetas que perfuman con su hálito cálido, el viento que canta en la noche, bajo el lampo lunar.
Se remonta con élla en cuanto acude tu visión a mí y es que ya no estás sobre la tierra. Te ocultas en lo ignoto, con los espíritus que nos besan en los húmedos ojos y sobre las ardorosas sienes, con el beso de paz, intangible misterio, suave roce de un ala acariciante en el arcano. Te ocultas en lo ignoto con los demás espíritus que nos visitan, descendiendo en la noche y en el ocaso, cuando el oro del sol, baña los montes de tules luminosos y quiebra en luces de topacios, los prismáticos haces sobre el reflejo violeta y el sedante terciopelo de los negros pensamientos.
En el doliente crepúsculo, que cierne en las brumas sus diáfanas alas purpúreas, como soplo de misterio, cuando como flechas esmaltadas, hienden las golondrinas, sus velos transparentes.
Mi pensamiento no se vuelve al polvo que piadoso te cubre como un manto materno en tu sepulcro, ni al ángel pensativo de albas alas, ni a las dulces violetas que perfuman con su hálito cálido, el viento que can-

ta en la noche bajo el lampo lunar. Se remonta en cuanto acude tu visión a mí y es que ya no estás sobre la tierra. Te ocultas en lo ignoto con los espíritus que descienden en las noches azules y en el ocaso. Yo te siento en la honda calma de mi serena fuente, donde tañe en lírica flauta de cristal, tristes arpegios, un ruiseñor de azur, resonando las notas de dulzuras melancólicas, como harmoniosas vibraciones, en la quietud augusta de mi selva perfumada de azahar

Mi pensamiento no se vuelve al polvo que piadoso te cubre como un manto materno en tu sepulcro, ni al ángel pensativo de albas alas, ni a las dulces violetas que perfuman con su hálito cálido, el viento que canta en la noche, bajo el lampo lunar. Se remonta con ella, en cuanto acude tu visión a mí y es que ya no estás sobre la tierra.



EL LOTO ROJO

El ave luminosa de las noches azules, vuelca en el polvo de oro, los tesoros de sus flores de plata y la dulce indiana, sueña en el talismán de las visiones sonrosadas, el loto rojo del sagrado estanque.
Centellean cual soles negros, las mariposas de sus ojos pensativos, bajo el fino encaje color ámbar, que suavemente oculta su faz morena.
Y es un hechizo, el goce místico cual casto beso, diluyéndose, como el fluido acariciante de un hálito impalpable, en la serena calma.

En tus ojos cariciosos destella la celeste luz, en tus puras pupilas, dulce indiana, pensativas y absortas ante el prodigio.
En la calma nocturna, resuena el triste canto del karahú y envuelta en la diáfana luz, que impregnada de mística fragancia, flota en tu santuario, oficias, tal una divina sacerdotisa, tus ritos solitarios en la ignota calma perfumada de masourá, en donde mora el Idolo.
Ardiente y vivo, cual braza centelleante, destella bajo el fino polvo de cenizas sagradas, el talismán que a un conjuro ha de revelarte el país de las divinas ensoñaciones.
Budha, beatífico, sonríe, surgiendo en la nube diáfana, en el hechizo de la selva fragante, oculta en

el misterio. Y la dulce indiana llena de beatitud, también sonríe, plácidamente. Y cual exótica sacerdotisa, ofrenda el don de la divina flor maravillosa, flotante como una espuma bermeja, sobre el sagrado estanque.

Yace la dulce indiana adormecida, bajo el fino velo que oculta su faz de perla. Amustiadas las negras mariposas, llenas de dulcedumbre de sus ojos pensativos. Iluminada de beatífica sonrisa la faz y suavemente acariciada, por el tenue susurro de alas que la envuelven en fino hálito tibio, de perfumada brisa en la ignota soledad.

El ave luminosa de las noches azules, derrama en el polvo de oro, los tesoros de sus flores de plata.
Ha despertado la dulce indiana, en el país remoto de las visiones sonrosadas. Llena de unción, ofrenda al mago oculto, la flor de maravilla, venerada en su santuario. El talismán inefable de los sueños dorados. El loto rojo del sagrado estanque.
En la honda calma nocturna, resuena el triste canto del karahú
Y Budha, enigmático, sonríe...

VASO SELLADO

Vaso de la belleza de albura inmaculada.
Deslumbrante de albura por la visión celeste.
Por la visión interna, puesta en la cumbre de la suma belleza.

Arcano transubstanciado en lo ignoto. Ojos zahorí.
Ansia escrutadora de horizontes inviolados.
De augustas regiones, más allá de los sueños.

Vaso sellado. Ideal de un ensueño. Fantasma silencioso ambulando en el misterio. Forma caduca, portadora del faro que señala el derrotero remoto.
El despertar de las arcanas visiones.

Vaso sellado, pleno de inmortales dones. Figura velada, imagen de pureza, vela en tanto llegue tu glorificación.
Tú, la veraz sugeridora, en tu elocuente gesto de enigma. En tu mudez plena de gracias. La vidente. Envuelta en impalpable velo de tinieblas. Aguarda la revelación, bajo el ala luminosa de la muerte. Donde será ungida tu redención, en la eterna beatitud de la inmortalidad.

Figura velada en impalpable velo de tinieblas. Fantasma silencioso ambulando en el misterio.
Aguarda la revelación bajo el ala luminosa de la muerte.



MI ZAGAL ES RUBIO

Mi zagal es rubio, cual rubio sol. Sus crenchas rutilantes. Oro bruñido, sus cabellos, orlados de resplandeciente fulgor. Sus ojos, dulces violetas y hálito tibio de primavera su voz.
Mi zagal es rubio, cual la dorada miel y como el rubio licor.
Sus manos, blancas palomas, como la espumosa leche, como el jugo azuloso de los tiernos pámpanos.

Pasó por las vegas floridas y a su paso, germinaron los lirios y los prados de oro.
Por su conjuro, florecen los granados y los higos de azúcar de pulpa escarlata, bajo la frescura de las verdes higueras. Se cubren de plata en flor, los mirtos fragantes, de rojo las pomas bermejas y dan dulce miel las vides silvestres.

Es hálito cálido y por su soplo, exhalan alientos perfumados las mandrágoras de seda, desprenden los broches de los blancos nardos y de los transparentes nenúfares
Mi zagal es rubio, cual rubio sol, blanco como la flor de espuma sobre los lagos azules de Genezareth. Vivo fuego, germinador de hechizos.

Yo soy una zagala melancólica y la infinita soledad ansío, porque es absorto mi espíritu ante este bien que poseo y mi gozar, es el ensueño en la soledad. La añoranza y la dicha que su dulce mirar engendró en mi alma, esto ha hecho que melancólica y silenciosa se torne.

Mi zagal es rubio, cual rubio sol, ligero el andar, bajo el lino de su blanco manto, es suave su planta leve, como hálito en el viento. Sus ojos dulces violetas y su mirar, celeste maravilla. Es hechicero y encantador y por su virtud, ríe el espíritu. Si va por los valles floridos, brotan jacintos suaves y rojas amapolas.

Es mansedumbre y suavidad y blando, como un corderito de blando vellón. Sus rizos, crespos, áureos, como los anillos de luz plata de los rizados copos lanares. Sabor dulce de mosto, sus palabras y su andar tan ligero, cual una nube baja. Es gozo su acento, como del tintinear, el timbre de las esquilas, en el silencio de las vegas.

Son sus palabras, suavidad de blancas mariposas y en sus ojos, hay pálidas luces de ensueño que se adhieren a mi corazón, como los fuertes amores.
Pasó por los lagos celestes de Palestina, celestes como las flores de mis ensueños.
Mi zagal es rubio, cual rubio sol y como los dorados trigales bajo el pálido fulgor.

Pasó por las áridas montañas y de las candentes piedras, brotaron manantiales cristalinos y en las encrespaduras, flores de seda. Se poblaron de murmullos los bosques y arrullaron las palomas, bajo la sombra de los nogales.
Mi zagal es rubio, cual rubio sol, su voz dulce cual la leche azulada y la dorada miel.

Sus mejillas, transparentes hojas de rosas pálidas, de balsámico olor y como los frutos henchidos de néctares fragantes, su voz. Rubio como las doradas gavillas y el trigal, sus crespas guedejas, áureas, rutilantes, bajo el beso de luz.
Sus ojos, dulces violetas y celeste resplandor su mirar.

Tañe las cuerdas del viento y es arrullo de caricia y maravilla. Es blanco. Plata bruñida y orlada de resplandeciente fulgor.
Su cariño, llama fuerte, como el ardiente mosto, dulce como licor de vides y zumo de manzanas perfumadas. Hay, en su mirar, serena dulcedumbre y en sus ojos, pálidas flores de ensueño, celestes mariposas de luz astral.

Yo soy una zagala melancólica y la infinita soledad ansío porque es absorto mi espíritu ante este bien que poseo y mi gozar es el ensueño en la soledad. La añoranza y la dicha que su mirar engendró en

mi alma, esto ha hecho que melancólica y silenciosa se torne. Yo quemé mi almizcle y el ámbar fragante, de dulce sabor. Yo quemé mi áloe y le vi gozar en la nube azul. Le ofrendé mis lirios y mis pálidos jacintos. Yo gusté la miel de sus caricias. Es fuerte como los cedros del Líbano, su amor. Son suaves sus caricias, como roce sutil de leves mariposas blancas y como las cariciosas flores de mis celestes sueños. Pasó por las vegas y por las huertos floridos y el arrullo del canto suave me me cautivó, el canto que suspira en el viento. Holló las ondulantes colinas y bajo la leve planta ligera se esmaltaron de multicolores florecillas los valles verdes. Hollaron los prados de rosa, sus plantas leves y por su virtud, germinaron bermejas rositas como gotas de sangre, albos nardos, lotos de marfil y fragantes mandrágoras húmedas de rocíos

Surca el viento ligero y se oculta tras las nubes, cierne abiertas sus alas, como de blancas palomas. Tan pronto es pájaro azul, tañendo el cristal en los timbres del viento, como mariposa celeste, salpicando sutil, los blancos lirios.

Mi zagal es rubio cual rubio sol, oro bruñido, rutilantes orladuras bajo el pálido fulgor. Sus ojos dulces violetas con reflejos de luz celestial. Sus palabras, dulzuras de ungüentos en mis heridas. Sabor dulce en la mirra, miel en acíbar. Piñas madu-

sonrosada aurora y el suspiro solitario en la noche ras y néctares de rosas. Es el suave fulgor, en la blanca de luna azul, es el cristalino rocío y la estrellita de mi cielo, que encendía de plata en el portal de Bethlén.

En el misterio es soplo de vida y también en la harmonía. Es codiciado por su mágico poder ¡y también por sus hechizos. Hace que los añosos troncos, destilen doradas gomas y de entre la corteza blanda, recinas oleosas y fragantes. Y odoríficos volátiles de las esencias balsámicas. Y aromas, de entre las frondas y de los ungüentos.

Mi zagal es puro, más que el crisol. Sus cadenas de carbunclos, como brazas vivas. Rubio dorado, cual rubio sol. Dulces violetas sus ojos, pálidas flores de ensueño de celestial resplandor y su hálito, cálida caricia en el misterio. Blanco, cual la espuma azulada y vivificante, cual la leche sabrosa Blando corderillo de blando vellón rizado, de anillos plateados de luz, como la vía de la blanca luna sobre el mar. Es hechicero y caricioso y dulce cual la miel. A su conjuro florecen los granados los plateados mirtos y el nevado alcanforero. Mi alma bajo su mirar y su hálito celeste, es como sutil anémona, que se abre al soplo del viento.

Me acarician sus alas ligeras y me vivifican sus aromas leves. Es tan codiciado por sus bálsamos,

como por el prodigio de sus ungüentos. Por el licor de su amor vivificante como llama fuerte y como la braza viva de la jugosa vid y su licor. Sus bálsamos, más perfumados que las especias de la vega.

Dulce y fuerte, como el licor ardiente que abraza y como el vigoroso cedro. El me enlaza castamente y me tiene a su amor estrecha, cual la vid amorosa, dulcemente enlazada al olivo. El encanta la selva y es esencia en el viento. Desciende como una primavera, esparciendo luz y color y canta entre los abetos fragantes y los sicomoros.

Siembra de flores las vegas y de pintadas aves canoras, los prados de oro. Cuando florecen los granados, dilata finos perfumes en el viento, músicas de alas y fresco olor de manzanas, crujen las flores de seda y los abanicos de las palmeras. Pinta de plata, los mirtos y de lilas suaves los jacintos. Canta en el viento y las notas, resuenan en sus hálitos como timbres de bronces y cual vibrantes alas, de metales cimbradores, cuando las vides se coronan de tiernos pámpanos y el dorado fruto, ofrece henchido la rubia miel. Mi zagal es dulce, más que los dulces higos de jugosa pulpa escarlata y las bermejas y doradas pomas de la vega.

Su regazo blando y fresco, como las sombras patriarcales de las higueras. Yo comprendo el prodigio de su genio y siento en mi alma, la casta pu-

reza de su noble fibra. Suave bálsamo de nardos, licor dulce de piñas y rosas embriagantes. Crespo sol, su cabellera, dorada como las gavillas de oro. La gracia hay en su cimbreante talle, como de fina palmera y la esbeltez de los verdes cristalinos juncos de la ribera. Lirios y broches de nardos, en su blancura y en sus tibias manos, suavidad de pétalos de seda. Su ausencia, al alma, como áspera corteza al tacto, sabor acre, amarga mirra, rudeza aciaga, dolor acerbo su ausencia.

Yo le evoco al yantar mi pan moreno, al beber el dulce mosto de mi vino, cuando el zumo de las manzanas y cuando la rica miel de mi aromado panal. Yo le ofrendé las doradas abejas, que zumban bajo la lumbre y los rizado helechos, que fluían en la humedad fresca de mi cisterna, entre la aterciopelada felpa verde y las azules campanillas que tiemblan sobre los cerros teñidos de vivo rosicler y oro del ocaso.

El pinta de iridiscentes reflejos, los esmaltados insectos, como gemas luminosas y cubre los blandos corderillos, de anillados vellones de plata tan sutiles como las nubecillas que pasan desgarrándose entre las crestas de los cerros azules.

Pasó por las vegas floridas de Palestina y por los azules lagos de Genezareth. En ellos, posó sus ojos,

dulces flores de ensueño, resplandor celestial. Es el límpido lucero azul, temblando en la nube rosa. Es hechicero y a su conjuro florecen los tiernos brotes, las pomas henchidas de fragante miel y las rojas amapolas de sutil seda. El vuelca en mi cántaro de barro agua cristalina y también en mi cisterna. Mi zagal es blanco, plata bruñida, sus crespas áureas crenchas, orladas de sol.
Vive oculto en la sombra y entre los brumosos tules maravillosos.

Su acento, suave como arrullar de palomas en la soledad de los cerros. Es hechicero, diluye como un largo suspiro su alma, como un aroma vivificante y leve sobre la paz de las cabañas. El encanta la selva y me cautivó su acento. Es gozo su acento o doliente quejumbre en el viento. Hay placidez prodigiosa en su voz. pura, en sus timbres velados como tímpanos celestes. Es dulcedumbre en el misterio y caricia en la harmonía. Fuerte soplo su espíritu de vida.
Mi zagal es rubio dorado cual rubio sol, sus ojos dulces violetas, celeste maravilla, pálidas flores de ensueño, mariposas de luz astral.

Yo soy una zagala melancólica y la infinita soledad ansío, porque es absorto mi espíritu ante este bien que poseo y mi gozar es el ensueño en la soledad.



LUZ DE VIDA

Volcaste sobre las almas, tu luz fuerte y halló eco tu amor. Había unción en ellas y tú, gozoso, la viste a través de la piedad. Posaba en las serenas pupilas. Brillaba en el fulgor de las miradas cándidas, casta luz de alma. Tu lámpara iluminó la noche de los sueños. La tempestad sombría ponía trémula tu llama. El huracán, batiéndola la estremecía. Y la antorcha radiaba en la altura cual un penacho de fuego.

Se remontaba en el aire celeste, cual blanca paloma. El huracán no logró apagarla. Tu llama fué más fuerte que la noche.

Aullaron los vientos con bramido de oleajes en el profundo océano. Los espectros de las sombras, avanzaban en las encrucijadas de la noche falaz. Tu llama fulguró en la sombra de las caducas materialidades con luz serena, apasible, cual la piedad que posaba en las puras miradas, en la beatífica unción de tus hermanos. Como la serena piedad que en las castas pupilas, asoma callada. Y el huracán amainó sus furores. Y el viento, fatigado, ya no intentó apagarla. Tu llama fué más fuerte que la noche.

Alas glaciales sobre tus párpados. Brumas glaciales envolviéndote en la noche. Sombras crepusculares cerniéndose en el misterio. Desprendió la luz de tus ojos. Trémulos cirios parpadeantes a través de un denso velo. Trémulas lucesitas parecen desperdirse en un temblor sutil de alas, de blancas mariposas de luz. Alas glaciales y tus ojos se han velado de misterio.

Radiante alborada bajo su faz gloriosa. En la luz blanca, la celeste calma, posa como un ángel sobre un astro, como la brisa, te envuelve en sedante abrazo. Y en tal lugar, la serenidad es tan calma y profunda, como el amor místico en el misterio.
Cuando te envolvieron las sombras glaciales, tu llama ascendió cual fugaz estrella. Y radió sobre tu cara la nueva gloria.

Desgarrador martirio fué el desligarte de tu carne. El desprenderte de las hondas raíces donde profundamente arraigabas. ¡Cruel cilicio el tuyo, alma!
Desgarrador martirio el desligarte, como de entraña palpitando en carne viva. Sumo dolor, el desprenderte de las raíces íntimas donde ahondaban las sensibles fibras del amor.
¡Oh, supremo misterio, gozo hecho de duelo, deleite amasado con lágrimas y sangre, luz de vida!

—He creído escuchar tu canción de amor en el ar-

cano:—Trocado he la luz de la vida, por la noche falaz. Quiero ser espíritu de luz. Vibrante chispa celestial...

Siento a mi alma inefable, gozar en el sumo deleite. En la plenitud de las dichas celestes...



PASO SU VOZ EN EL VIENTO

Música de la harmonía en el misterio. Doliente gemir de su piedad augusta sobre la obra del caos. ¡Implacable dolor!...

Suave susurro de intensa caricia por las sombras efímeras de la noche falaz. Lejano arrullo oculto en insondable abismo, donde todo humano eco se apaga. Acento profundo de maravilla en lo remoto, Fuerza tremenda. Soplo inmortal, vagando como el viento en el abismo universal y eterno.

Pasó su voz en el viento, como un mensaje de amor en el arcano. Cálida caricia, ignea rozadura de llama divina. Hondo clamor de la visión ignota, palpitando en lo absoluto. Deleite espiritual, fluído de paz. Música de inefable dulcedumbre, cálido arrullar. Hondo secreto en insondable arcano, en inconmensurable lejanía. Canto errabundo en las sutiles alas del viento. Nostálgico acento. Tibio hálito, dulce murmurio, blanda caricia de pasión.

Pasó su voz y en el viento, dilató sensación doliente y de gozar. Piedad volcada en beatíficos filtros, cual bálsamos de unción sobre las almas. Caricia ignota, mística esencia en el arcano. Voz del fuerte espíritu universal y eterno. Pasó su canto tremendo, dulce canción, suave caricia, blando arrullar.

.

Pasó su voz en el viento, hondo y patético clamor.



TEMPLO INTERIOR

Fluya por mis fibras, traspase mi carne estremecida y colme el vaso maravilloso de mi templo, tu voluntad. Hienda mi espíritu tu crisol, como al cristal puro, los rayos del astro, le aliente y purifique en ascua viva.
Fluya por mis venas como el viento, tu linfa clara. Como la savia vivificante, en las fibras del loto. Ilumine mis pensamientos y palpite en mis palabras. Quiero llevar esa canción en mis labios, como blanca rosa de embriagante perfume. Ser por tu amor un harpa de sonoridades harmoniosas. Que por la magia de tu soplo, dilate música profunda de suaves vibraciones, para alimento de los hombres.
Quemar la mirra y el aromado incienso de mi templo y su fluído azul, surja en mi frente cual blanca estrella.

Fluya por mis fibras como el viento traspase mi carne estremecida y colme el vaso maravilloso de mi templo, tu voluntad.
Mi amor será cual fulgor radiante de un espíritu ignoto, que ilumine con su luz tremenda, la noche de las sombras fugitivas.



EL PSALMO DE LAS FLORES

Yo he percibido los áureos sonidos, de la súplica alabanza, de la más acabada expresión. De las flores y el agua en la fontana, del color del aire y de las arenas de la senda, de la cumbre y el llano de y de la esterilidad de la piedra.

Fué en la época de la floración.

El Omnímodo poder, había reunido todos los tesoros del arte, en el jardín gentilicio y fué en ese lugar, del conjunto uniforme de perfecciones, en el que la mano del Artífice, con su don de ubicuidad, dió a cada una de esas flores, el brillo luminoso y harmónico, de la más alta perfección, infundiendo en ellas, la pureza, la caridad, asemejándolas así, a los justos de todos los tiempos y como las tribus de Leví, estaban consagradas a su augusta veneración.

Declinaba lentamente en el ocaso el sol y su menguada luz, sutil velo, exortólas serenamente al reposo y como a un mágico conjuro, fulguraron, vibrando al suave contacto de la brisa, exhalaron todo el aroma que extrajeron de sus cálices y a modo de Virgilio: el Omnipotente, las contempló extático, plenas del más acendrado amor y esparciendo en los ámbitos, sutilísimas emanaciones, elevábanse

a la altura en ondas de luz, impregnando la laxitud enervante de sus perfumes.

La cúpula celeste, tornóse pálida y en la flor de la pureza, descansaba la calma y sobre sus pétalos, desmayaban los plateados reflejos del luminar menor.

Fué el psalmo de las flores, música acorde de serena harmonía, el canto azul. Cántico harmónico, en el que se condensa la síntesis de la humana existencia: la caridad, la fe, la esperanza, la pureza, la luz!...

Canto que me infundió, un íntimo arrobamiento, ungiendo mi espíritu de singular dulzor... propicio al regocijo que debieron sentir las vírgenes bíblicas, en la voluptuosidad mística, que hubo de inspirarles el amor de Jehová.

En el fondo turquí del infinito, destacábanse sombrías, las cumbres lejanas y enviaban en tenue brisa, el agreste perfume de sus florecillas.

En la fronda sedeña y besando las corolas y cálices, ponían su gema verde luz, luciérnagas errantes. Como una caravana fantástica, semejando ampos de nieve de argentado color, avanzaban las nubes lentamente, luciendo en el espacio, su atavío flotante. Y por sobre todas estas bellezas, como una ofrenda votiva, soberbia y sublime, destacábase el más remoto pináculo de los montes, semejante en su majestad arcana y glacial mudez, a un ídolo pagano. Por momentos, parecía hendir la inmaculada comba tachonada de estrellas, la aguda cresta coronada de diamantes!...

Teniendo en cuenta el carácter de los antiguos la-

cios, tan supersticioso y positivo como lo comprueba un capítulo de la historia, el cual capítulo reza: "Porque el romano no tenía necesidad de ver a su Dios representado bajo humana forma, bastábale creer en su omnipotencia y darle, para invocarle un nombre". Absorto mi espíritu, ante tanta magnificencia, llegó mi pensamiento a concebir esta idea: ¡Qué espectáculo digno de veneración hubiera sido para los gentiles este Dios - Montaña!

—¿No rindieron culto a los dioses Júpiter y Marte, bajo el aspecto de una piedra deforme y una espada invertida, respectivamente, hasta que al adoptar la mitología griega diéronles forma humana?

Tal vez, si mis ojos no hubieran sido dotados de tan intensa potencia visiva, no hubieran resistido tanto brillo y esplendor.

Y estando en vibración el éter, dado me fué percibir sus ondas sonoras... tal, el silencio altísimo del lugar.

Había un ambiente supra terrestre en el murado pensil y las flores tomaban la sutilísima intangibilidad de las almas.

Aprestábanse a la oración suprema...

El acento de este canto, expresado con sublime emoción y el timbre dúctil y maravillosamente humano, saturaba mi alma de singular deleite, cautivando con sus acentos, como en los tiempos helenos!...

Y miriadas de voces expandiéndose llenaron los espacios...

Yo tengo en mis hojas el color del oro, del dúctil

metal. Soy el que mira cara a cara el sol. El ha purificado hasta mis raíces... soy de una rara estirpe, la estirpe del crisol. De la llama purificadora, remata la cresta mi color, ha reinado en los cetros y en las cabelleras blondas. A veces hay analogías de mí en el silex y también en la policromía de las nubes. ¡Embriáganos de amor, oh bondad suma, oh inefable bienaventuranza!... ¡Oh, tú, Hijo sempiterno, Padre de mundos!...

Yo soy aquélla que reune en sí, el complemento de todas las gracias y canto en mi hora, la hora de la plenitud. En mí, el dulce poema, el excelso momento se cumple y arrullo mi sueño, en mi propio aroma... Yo poseo el secreto de la felicidad y en mis fibras he sentido los estremecimientos de la pasión, del dolor, del dolor de amar...

En mí, se inspiraron los aedas de todos los tiempos. Mi momento, es el momento de oro y rosas y mi canto al declinar, tiene la dulce congoja de las cosas que fueron. ¡Canto por eso a Dios, dulces hermanas, quiero morar con él, en el país eterno de las delicias, de la paz y del amor!

De mi substancia y la miel, diz que la dulce Panthea, preparaba para los dolores físicos un paliativo... Mi color es suave y sutil mi aroma. Es mi anhelo habitar en la fronda y a veces en las cumbres, más cerca del azur, donde anidan las reinas de las aves, saturarme de luz e inmensidad. Simbolizaron en mí

los mortales, las virtudes del candor y la humildad. ¡Espíritu celeste, embriáganos en tu amorosa luz!... ¡Oh, taumaturgo, manantial de amor!

En el recinto del dolor junto a la ermita, reina la paz del silencio hierático. Cloto, Láquesis, Atropos, merodean asechando en las sombras... Flota en el ambiente beatífico, el aroma del almizclado mughet. Hay también fragancia de nardos y lilas blancas. Caen los pálidos rayos de Selene, reverberando en los sepulcros. ¡Yo canto a los muertos! Es mi canto el himno de amor a la carne "cibus vermium". Lágrimas cálidas, han bañado mis pétalos y manos pías exprimieron mis gajos, al señalar la página de amor... Mis miembros exhalaron para ti, ¡oh Rabí!, su íntimo y postrer aliento, es mi mérito infinito... ¡Oh, mi Creador, sométenos a tu dulce albedrío y envíanos raudales de tu vivificante luz!

Yo soy flor de culto y canto a la Vida Suprema. Soy hecha de albura y pureza. ¡Qué suave es ser blanca!... Ser blanca, es ser casta, es asemejarse a María.
Del loto sagrado de Budha, la nívea blancura, yo tengo en mis pétalos. El Augusto Niño que lleva en su regazo el patriarca José, está junto a mí. El Altísimo, el Verbo Divino de blondas guedejas y manos de lirios. Soy cáliz de luz, de místico aroma que

embalsama el ambiente del templo judaico, y envía a ignotas regiones, ofrendas de amor y de paz.

Tal el canto, que a la hora del Angelus, aunando a la plegaria del anacoreta las vírgenes y el niño, cual un nimbo de luz, sube a los cielos.



EL CANTO DEL PEREGRINO

Al partir tú cantabas, con una dulce tristeza:
Hay en mis labios sabor frío de muerte y no es la muerte. Yo voy rumbo a la vida nueva. Llevo un tesoro como un mago. Yo en la noche falaz fuí sereno y pasé como un canto en el viento. Nube ligera, sutil estela de perfume leve. Yo cual abeja, formé mi panal de oro. Mi panal de rica miel. En él libaron, como en un cáliz de amor, mis hermanos.
En el dolor fuí estoico.

He desprendido de mi carne marchita de otrora. Peregrino vestido de escarnio, candentes llagas. Negra, salpicada de rojo, fué mi túnica. Yo perdoné en mi corazón al protervo y también a los que me vejaron.

He bebido en las fuentes de la vida. Me impregné de todos los aromas y han ungido de suaves bálsamos mis heridas.

Ha resonado en mí la pura voz de la harmonía y su eco milagroso es inefable. Hay sabor de vida en mis labios. Duelo acerbo, cáliz amargo de rudeza, otrora.

Ha resonado en mí la pura voz de la harmonía y la vibración en mi alma, es inefable. Ahora quiero ser cual cáliz de flor y darme en esencia todo a los cielos, en efluvios de almizcles litúrgicos, de incensarios sagrados.
Quiero ser astro blanco y volcar desde esta lejanía raudales celestes, sobre el mundo del olvido.
!Qué importa el dolor, el hondo dolor concentrado en lágrima postrera, candente flor de alma! ¡Máxima esencia!
¿Qué el agudo dolor por los que en la lejanía quedaron?...
¿Qué la augusta piedad, ahogada en el sollozo, en la honda fuente por el gozo sumo de verlos transubstanciados en el soplo de luz?
¿En radiantes espíritus celestes de eterna beatitud?

Ha desprendido de su cárcel mi espíritu. Y su blanca luz, radió cual vivo sol en la vida, con mi postrer latido.

Mi pensamiento vela en el misterio. Es un hilo de luz mi pensamiento que úneme piadoso en el recuerdo, a los que en la tierra moran.
Soy una intensa mirada de amor en lo ignoto hacia éllos, oculta en lo ignoto.
Augusta mirada perpétua en donde concentré todo mi amor.
¡Oh, mi inefable amor!

PAGANA Y MISTICA

Fabulosas y aladas quimeras cinceladas en artísticos pebeteros de oxidada plata, arrojan de sus fauces ondulantes espirales de azulado humo que flota en la semipenumbra de un suave ocaso de púrpura, difundiendo en el rosado resplandor, dulces efluvios de áloe y mirra, mezclados a los fragantes ámbares de Samaría. Más, no logra la poesía del ambiente, sino amargar la nostalgia que consume el alma de María Magdalena. Nada ha de aplacar la tristeza de esa flor predestinada. El dardo que corroe su entraña es tósigo de muerte, que anidando en las dulces pupilas de ensueño, puso en ellas el triste halo de la melancolía.

Era dulce cual las mieles de los cálices divinos y tan suave como el susurro de un ave arrulladora. Ondulante cabellera leonada, nimbaba la pureza de su frente inmaculada, desmayando entretejida con irisados hilos de ajófares, sobre los albos senos perfumados y sedantes como plumón de alondra, cual capullos de blancas rosas, aprisionados en afiligranadas rodelas de oro y perlas.

Un amargo rictus, contraía en doliente gesto la roja camelia de su fragante boca y la mirada azul y melancólica de sus profundos ojos hechiceros, como

dulces gemas traslúcidas de aguas violetas, vagaba en un triste crepúsculo lejano.

Su alma quebrantada por un hondo dolor, presagiaba para su dicha al inefable espíritu de amor y mansedumbre celestial que es cálido y casto regazo. Y en la sombría noche de su vida corrupta, iba rendida a su reclamo, como un ave herida y quebrada las alas en su vuelo.

Así, vagando errante y ciega en un desierto, no encontraba la calma a su sed espiritual.

No obstante, a flor del negro espejo de la charca infecta, enturbiada por todas las concupiscencias terrenas, en el misterio, rozaba sutil, un ala de luz.

Como de tétricos euforbios, emponzoñada en el delito su alma, era la triste flor de los crepúsculos sombríos, tal una adelfa fatídica de emanaciones deletéreas.

¿Quién logará calmar el duelo que consume su alma y tornar a su muerto espíritu la luz?...

¿Acaso los fríos ídolos del vano poderío, de caducos placeres y falaces bienes terrenales?

No. Doquier encontrará el fantasma de su tormento. Nada tornará ya calma a su espíritu, ávido inconsciente de divinos ensueños y errante en el yermo de la vida, será un ángel azul, rotas las alas y caídas como los pétalos de una marchita flor sobre su pobre alma.

Ya no desprenderá de sí el ave negra que arraigó en su interior y que en sus noches tétricas canta el sombrío psalmo de la muerte.

Todo es vacío y soledad. No halla halagos ya en el aroma del amor de otrora, ni en los dones y ofrendas que sus múltiples adoradores, rendidos de pasión, deponen a sus plantas. Ya líricos poemas de amor, exóticas flores de estufa, valiosos tesoros y joyeles, ajorcas, cintillos, pectorales y gargantillas incrustadas de trémula y chispeante pedrería. Cofres de aromado sándalo, pesadas púrpuras de Tiro o Alejandría, mágicas ánforas de esencias indias, granos de pesadas perlas, encajes persas como una espuma, collares de crisoberilos y lapislázuli, alabastros conteniendo fragantes volátiles y extrañas esencias orientales que se dilatan como un fino hálito de caricias ignotas.

Como las ondas melodiosas de una extraña sinfonía de oro, cual alado suspiro de nostalgias infinitas, resuenan melodiosas vibraciones de musical harmonía bajo los pórticos de cedro y marfil, y entre el frescor de las palmeras y sicomoros al son del monorítmico tamborileo, tañen laúdes y cítaras, arrancando a sus cordajes de plata cadenciosas y dulces vibraciones como hondas quejumbres del sentimiento, las morenas esclavas del castillo cual figulinas de patinado bronce.

El hondo sollozo que condensara toda su amargura, estalla al fin, desatando el nudo que como un garfio de hierro oprimía la tibia garganta de la cortesana, cuajando en ardorosas lágrimas que brotan

en los marchitos ojos, el agudo dolor que la ahogara. La mirada azul que vagaba errante en el ocaso, queda fija, pendiente de un funesto pensamiento en el vacío. En tanto, el grito de su negra conciencia, atormentada por el remordimiento se levanta lúgubre. Es el apóstrofe sangriento en el arcano y que, con la faz lívida de espanto, porque comprende al fin la vileza de su ser, todo su horror, la voz en su profundo ego.—¡Larva proterva! ¡Fantasma tétrico de las aciagas noches, ¿qué has hecho de tu alma?...

Como un velado eco lejano que respondiera a su duelo, sólo se oye lento, el apagarse entre postreros fulgores del crepúsculo rosa, la quejumbre melancólica de laúdes y cítaras, vibrando cual dolientes hálitos de una triste agonía, flotando en los efluvios de ámbares indios.

Acechan en las sombras, cual símbolos de mal, las aladas quimeras, arrojando de sus fauces palpitantes, finos almizcles orientales.

Es el Castillo de Bethania, cita de los magnates de Jerusalén y sus saturnales.

Entre las embriagantes ondas de harmonías y perfumes, en un vaho de oriental molicie, como azul ensueño de opio, bajo el resplandeciente fulgor de áureas luminarias, apuran el ardiente licor contenido en cinceladas y artísticas cráteras de oro puro y extraños manjares brindados en escudillas de afiligranados encajes de plata, doctores del Sanhedrín, poetas y filósofos, trovadores alejandrinos y lapidarios indios.

Cuáles ofrendas a la beldad de Magdala, preciados dones, los aedas, las rosadas y luminosas musas de sus ensoñaciones, alcázares dorados con boscajes sonoros, como harpas harmoniosas y poblados de líricos ruiseñores azules, que cantan mágicamente entre la fronda maravillosa. Todo, por una caricia de sus dulces ojos. Quiénes ofrendan, esmaltes patinados o suaves ungüentos de almendra y rosa, contenidos en botecillos de oro fino, extraños pájaros de negros plumajes, cual el ébano y cambiantes reflejos, que diz, llevan un diamante azul, incrustado en la frente, desvanecientes perfumes de nardo, egipcias divinidades talladas en oro, plata y marfil, negros diamantes de trémulo resplandor purpúreo y tesoros de sagrados amuletos, negras y sonrosadas perlas, mágicos bálsamos y almizcles contenidos en ricos cristales labrados o en talladas esmeraldas o carbunclos y en rosadas y transparentes cornalinas, esculpidos ídolos del anatematizado paganismo.

La impalpable nube de fuego, como un vaho de sangre, alucina su alma en el ardiente delirio.
¿Quién desatará el lazo que le oprime?... ¿Acaso los herméticos magos sombríos de las remotas Indias?... ¿Los sacerdotes del Sanhedrin, doctos en la sabiduría suprema?... ¿Acaso las tenebrosas sibilas fabricantes de mágicos filtros que diz curan los vanos pesares del alma?
Nadie oye su clamor. No obstante, la voz del arrepentimiento se levanta como un fantasma de las sombras y grita el ansiado bálsamo del perdón.

Agobiada bajo el formidable peso de su culpa, la mártir dolorida dobló su pálida frente cual cáliz de magnolia, tronchado por flamígera espada sobre su blanco cuello de cisne, como herido por un rayo de luna.

¡Dilatados horizontes, ondulantes colinas de esmeralda, suaves valles floridos de Sulém.

¡Remotas crestas doradas por los rayos del poniente, glaucos lagos de Genezareth, no oyes su clamor?

¡Vegas aromadas, límpidos, celestes cielos de Palestina!... ¡Nubes rosadas, perfumadas ondas luminosas que besais con vuestro soplo de caricia sus pálidas sienes ardorosas!... ¡Bálsamos fragrantes, flotando como un espíritu de amor en el misterio!! Arrullos de los huertos, tibios arrullos, murmuríos de músicas ignotas en la soledad, sagrado huerto de olivos, ¿no sientes su dolor?

¡Calma serena de las almas solitarias, suspiros ténues en las noches de plata, airosos minaretes, cúpulas bermejas, afiligranadas agujas, maravillosa perspectiva de Jerusalén!

Las postreras luces de un mágico crepúsculo, teñían de púrpura los nenúfares y los frescos rosales en las vegas. Ondulaban las aguas en mansas ondas luminosas y en la calma de la hora serena, tañía la flauta de caña el zagal. En la lejanía azul, pastaban los blancos corderillos, como copos de espuma,

sobre el verde tapíz y en las ondas del viento, bajo la paz de las cabañas, suspiraba el alma melancólica del ocaso, cantando en la soledad de los cerros, su monocorde canción, su monótono arrullar.

Y fué la hora suprema de redención. Y he aquí que en la comarca cernía sus alas luminosas el espíritu celestial. En él halló eco su hondo dolor. En el espíritu que es vivificante soplo de vida eterna. El desprendió el dardo que cual tósigo letal roía su pobre alma y para cauterizar las abiertas heridas, volcó sobre ellas dulce bálsamo de paz, prodidigó luces que como ascuas vibrantes constelaban su noche tétrica de otrora. Descorrió el velo que ocultaba la luz del cielo y ante la atónita mirada de sus divinos ojos, dilataron inefables horizontes de insospechada belleza. Fué el prodigioso clarear de su alborada. Música harmoniosa de sonoridad inefable, ignoto tañido de sostenidas vibraciones, sutil aroma místico, impregna las íntimas fibras del sentimiento, donde asolara la flamígera nube cual ardiente solfatara, hasta el más profundo arcano de las concupiscencias.

De los dulces ojos zafirinos y aguas violetas, brotaron ardientes lágrimas ante el deslumbrador milagro, como una esencia volcada del íntimo ser. ¡Cálidas lágrimas que rodaron cual candentes ascuas de oro sobre el perfumado pecho de jazmín!

Fué el milagro del amor. De aquel Sublime que iba por los camino de Palestina derramando bálsa-

mos de consuelo y hálitos de paz, que brotaban de sus labios como enjambres de doradas mariposas, aladas de sol. Predicaba en las sinagogas, curaba a los leprosos, resucitaba a los muertos, iba en pos de los humildes pescadores, por entre los tabernáculos de los hebreos y los vendedores de ídolos. En El halló María de Magdala el ungüento perfumado, el sagrado bálsamo del que había menester su pobre alma. En el fuerte espíritu donde repercuten todos los dolientes clamores de los hombres, aquel Apóstol inefable de sabiduría y amor, a quien vendiera Judas y negara Pedro y a quien acuden todos cuando ya nada esperan de los otros.

Fué el casto Nazareno quien infundió en su alma el delirio místico, el sumo deleite espiritual, la beatitud y máxima voluptuosidad, el supremo gozo no encontrado en todos los placeres de la tierra.

Posando en nube sutil y luminosa, la celeste visión la deslumbró como una forma etérea de luz y nimbada de gloria, la misma que en inusitado resplandor apareciera a Pablo en el camino de Damasco, el cual desde ese instante, dióse a evangelizar a los hombres y deslumbrado de fé predicaba la palabra santa recorriendo Salónica, Atenas y Corinto.

Las furias infernales encarnaron en tétricos sayones que le escarnerieron, mojando con hiel y vinagre los puros labios, secos y agrietados por el febriscente delirio, salivaron la divina faz de nardo, le colmaron de oprobiosos vejámenes, magullaron y traspasaron la carne estremecida y exangüe.

El supremo martirio del amor había condensado su profundo duelo, en las candorosas pupilas celestes de ensueño que se apagaban bajo un halo tan triste como la angustia inefable de su lenta agonía.

Ahondan en la noche de los siglos tus patéticos gemidos, virgen pura, y tus hondos sollozos repercuten trágicos, cerniéndose como deletéreos crepúsculos de sombríos fantasmas. Así tu hondo dolor, así tu duelo que desgarró tu entraña palpitante de místico amor en la amargura del acíago desconsuelo.

Y te evoco despavorida y trágica, corriendo en pos del Divino Mártir, pintado todo el horror de tu pasado, en la faz descolorida y bañada en llanto.

Mas, la gloria te fué dada de compartir los escarnios y vejámenes de tu Dios, calmaste la ardiente sed de su febriscente delirio, enjugaste la faz lívida y sangrienta, la ardorosa frente de blancura inmaculada como una estrella encendida de plata, sembraste de albos lirios y purpúreas rosas su sepulcro y ungiste con esencia de nardo la dolorida planta, enjugándola con el oro de tu cabellera leonada. A flor del siniestro lago pestífero de otrora difundían místicos aromas, inmaculados lotos de pureza. La luz del celestial espíritu hizo sede en tu alma, el dulce Jehová, el de las celestes pupilas candorosas y rubios cabellos cual la miel.

En tanto, en la inflamada llama de azufre el feroz sátiro y su cohorte de chacalillos, batieron iracun-

dos las secas palmetas hirientes de sus sarcásticas carcajadas, descompuesta, en espasmo doliente la impúdica faz diabólica. Y en las sombrías tinieblas, en pavoroso caos, huyeron dando siniestros alaridos, perdiéndose su ecos horrísonos, en los profundos senos de la noche.

Las palabras del Maestro, eran cual bálsamos de amor y piedad. Predicaba la mansedumbre y el amor.

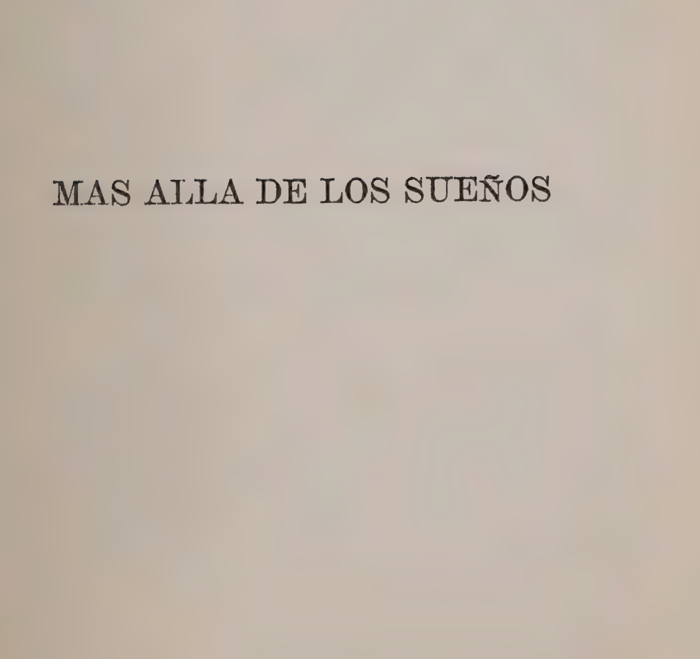
En El halló eco la virgen mística, pagana otrora. Por El renunció a los vanos placeres y amores, haciendo vida ejemplar de penitente y gritando sus faltas a la faz del cielo y de la tierra, con la dalmática de oro leonado de su regia cabellera, oculta bajo un espeso velo de cenizas.

En el vacío de su alma buena se hizo la luz, santificada por el sacrificio la fé y el amor. En el sombrío mar de las pasiones se hizo la calma, centellaron en el interno cielo todos los astros y cantaron todas las harmonías.

Y diz que en aquella noche lúgubre en que los réprobos ensañaron sus instintos sanguinarios en la adorable Víctima, despavorida de repulsión, la luna arrebujóse en los más tétricos crespones de las nubes para huir de los hombres.

Y bajo los sombríos cendales, cual símbolos de muerte, con el amargo duelo en su alma augusta y solitaria, la pecadora arrepentida, en el misterio de las sombras, se perdió llorando.

MAS ALLA DE LOS SUEÑOS



Fué en el dulce amanecer de los sueños. Blanca luz incandescente, viva luz, hería mis párpados. Mas,... no era sensación dolorosa, sinó como el soplo de lo inefable. Algo era del beso de Dios.

Sentíme ligera. Impalpables mis alas sutiles, batían vibradores torrentes luminosos, en lampos celestes.

Mi carne marchita de otrora, no era ya deleznable red, tejida con fibras y venas azules, por donde circula la vida. Ni aún en mi faz, había la trágica huella de mis dolientes pensamientos.

Y recordé aquél lejano sueño, en el radiante despertar....

Volví al mundo remoto, mi faz gloriosa. Al mundo perdido en brumas glaciales. Oí gemidos lejanos y ví rostros ajados y surcados por lágrimas. Y muchos pensamientos, en la formas de frágiles arcillas, hechas por las hábiles manos de ignoto alfarero.

Las formas, guardaban sus sueños. Como esencias en vasos sagrados.

Y eran sueños y esencias.

Unas, con más pura fragancia.

Más,... eran todas espirituosas y a través de los tiempos se desvanecían.

Parece que por un llamado de aquel alfarero.

Y la esencia, volaba a lo ignoto...

Y en la desolación profunda de los otros, sólo quedaba la arcilla vaciada.

Elaborando a través de los siglos, nuevas ánforas, o tal vez, límpida corola aromada. O frutos de mieles fragantes.

O diamante, o piedra calcárea, o frío metal.

Y la esencia, volaba a lo ignoto...

Las formas, sombras fugaces, pasaban hácia un infinito de eterno inmutable.

Llevaban curvados los hombros bajo el peso de las envolturas.

Y cansancio en los ojos, porque alguien, predecía un vacío lejano.

Estos, llevaban una venda de sombras, demasiado profunda, sobre los vanos párpados. Otros, humildes videntes, en sus hondos silencios, miraban el radiar del sol blanco, cabe espesas brumas.

Y sentían, a través de sus sombras, el soplo de vida.

Esta sencillez en el puro mirar, daba a sus efímeras carnes, un nimbo luminoso. Cual el que me alucinara, en el dulce amanecer...

Y recordé aquél lejano sueño, en el radiante despertar...

CASTALIA

Sede augusta de rosadas quimeras, luminosas deidades del ensueño, que brindan en cálices de rosas embriangantes mieles y mirras, alucinantes filtros del espíritu. Néctar de un vértigo celeste, vedado a los profanos del enigma divino.
Mago sumo. Revelador de la dorada ensoñación de maravilla.
Mágico deleite, dulces castálidas, hechizo azul.



LA TRISTEZA DEL INDIO

Esa dulce nostalgia que os consume, que de inmortal fragancia aroma tu alma, como el bálsamo de tus inmensos bosques solitarios, es la chispa de ensueño, que pone en tu espíritu, inusitado resplandor azul, como el plumaje de las garzas reales.
Es el júbilo que te exalta, iluminando como un interno sol radiante, el bronce negro de tu faz serena y pone ese aljófar cálido, sobre tu mejilla empalidecida, temblante y diamantino, como el rocío que brilla sobre las níveas hojas de los nenúfares.
—¿Porqué todo os asombra y conmueve?...
Así, el más leve sonido y la vibración de la vida en la soledad, como el soplo de lo eterno?... ¿El canto de los esmaltados colibríes que centellean entre los verdes laureles y el fragoroso bramar del torrente, cabe lóbregos peñascos, como el sutil encaje de la glorificante espuma, sobre el diáfano cristal de aguas de plata?...

¡Divino éxtasis del indio!... ¡Dulce tristeza!... ¡En qué, invocando en su inefable abstracción, el adorado nombre de sus nostálgicos desvelos y del gran Manitú, queda en suspenso, dilatada la pupila de fuego y absorta en la lejana estrella, miéntras el alma apasionada y triste, como el blanco cendal de la luna, sobre la quietud nocturna, vibra en el

encanto supremo, como un harpa sonora, al conjuro del mago y el hechizo se desborda, expandiéndose en la inmensidad!...

¡Dulce tristeza!... ¡Canto mágico, velado de suave sordina, como los yaravíes tañidos en la flauta de caña, o los gemidos del viento, en las palmeras del desierto!.. .¡Divino éxtasis del indio! ¡Dulce nostalgia en que invocando en tu inefable abstracción, el adorado nombre de tus desvelos y del gran Manitú, quedas en suspenso, dilatada la pupila de fuego y absorta en la lejana estrella, miéntras tu alma, apasionada y triste, se desvanece de ternura, como un fluído fragante en las melancolías plenilunares de tus sombrías selvas solitarias!...



PRIMAVERA NOSTALGICA

—Corazón... el instante en que me abandonó, es éste, más... ¡no desmayaré de pena!...

—¿No ves cómo los brotes nuevos, ansiosos de vida germinan por sobre las amustiadas corolas?...
—Sí... los siento crecer, empero... ¡Son pobres de savia!... ¡Tal las anémicas, pálidas hijas de un mal implacable!...

¡SAKYAMUNI!...

Aún, siento palpitar en el recogimiento de tu grandeza, selva amada, patria de mis abuelos, como un soplo de misterio, la vida de aquéllos que en no lejanos tiempos, moraron en estos lugares.
Mi corazón, también fué tocado por el ala divina y a su impulso germinó un jardín de hechizos como de magias y de conjuros, evocados a la luz del alba por venerables patriarcas del desierto, con acentos profundos, tan rudos y profundos, como la voz del océano.

Bajo estos copos tan sutiles, como espuma de plata que circundan mis sienes, se agitaron muchas ilusiones que iluminaban mi rostro, de luz de gloria y a su impulso, nacieron altos pensamientos, tan altos, que el tiempo no ha desvanecido aún...
A la oración yo me entregaba a tus pensamientos y te esperaba, llámandote una y mil veces con amor hacia mí: — ¡Sakyamuni!...
¡Cómo era de repetido tu nombre amado, que yo, llena de dicha escuchaba, deleitándome, caídos los párpados, ansioso el respirar!

Fluía de lo alto, besando con su hálito fragante, la límpida tersura del lago quieto, surcado en la lejanía por frágiles piraguas. Y le oía repetido una y mil veces, en las lejanas rocas, cerniéndose en el

viento, vibrando por sobre las más remotas crestas de los montes azules. Hendía los profundos abismos como una flecha de luz, resonando en la sonora comba, como un llamado de gloria, llenando de júbilo mi corazón, que también temblaba como el espacio, maravillosamente diáfano, sobre la paz de mis selvas dormidas...

—¡Sakyamuni!... — decía el espíritu del aire con acento de amor, tu nombre idolatrado, que humedecía de ternura mis ojos, al ser repetido una y mil veces por voces abismales, hasta desvanecerse como un largo gemido, en la serenidad de mis praderas...

Y a esa hora de paz, en que desciende por los montes la noche y el misterio, me parecía ver surgir junto con ellos, muchas sombras como negros fantasmas de las cavernas de granito, que conmovidos por mi vano llamado a tu amor, como un lamento, junto conmigo ¡y con voz plañidera te llamaban: ¡Sakyamuni!...

Bajo las alas del crepúsculo, envuelta en la caricia de sus gasas, desprendidas, como velos de vírgenes ignotas, llena el alma de la superstición de mis abuelos, creía ver surgir, la visión profética del patriarca del desierto, temblante la barba de plata, ofreciendo al sol, sacrificios de liquidámbares sagrados, en sombrías grutas musgosas, que ocultaban murmurantes manantiales cristalinos. Y en esa hora serena, cuando hay más frescor en las sombras y entre ellas se agudizan los efluvios de los jazmines, se hacen más penetrantes las fragancias de las magnolias y el bálsamo de los pinares, en la

honda quietud del misterio, flotaban los espíritus de aquéllos que en no lejanos tiempos, moraban en estos lugares y que hoy descansan en el olvido, bajo la paz de los sepulcros indios y las inmóviles pirámides, a la sombra de los cipreses, sobre el rosa encendido del ocaso, cabe los melancólicos bosquecillos de la muerte...

Temblantes, las postreras luces del crepúsculo, teñían de rojo vivo y cobre diluído, las negras copas de las encinas y de los añosos olmos.

Vibraba en el espacio tu nombre, en la soledad, llena de sonidos apagados, como un inmenso suspiro, atenuándose en la agonía crepuscular. Flotaba el suave olor de las acacias en las ráfagas del viento, impregnado del acre olor de los pastos, entre aletazos de sombras de los últimos fulgores, murmullos lejanos y perfumes gastados... oración postrera, vago suspiro del mágico espíritu de mis selvas dormidas.

Y mientras en la vasta lobreguez del cielo, empezaban a encenderse, límpidas, temblorosas, las estrellas, como broches de plata, rielaba sereno el astro de oro entre crespones desgarrados y flotaba tu nombre como una estela de perfume en el espíritu de mis selvas dormidas: ¡Sakyamuni!

LAS MIELES DEL CAMOATI

Ronda en torno al añoso quebracho florecido el esmaltado picaflor. Flota en la nube almizclada con el hálito que exhalan de entre la hirsuta fronda las florecillas de oro pálido.

Hiende la rauda avecilla en los aromados cálices, el tornasolado estilete para libar el dulce licor, lo mismo que en el estío, en las diáfanas campanillas azules que tiemblan sutilmente agitadas por la brisa y con ternura enroscan al recio tronco.

Es el salmo de sus amores bajo la lumbre del sol.

Así, contemplando callada la esmaltada avecilla libadora, recuerdo el ensueño mío.

Recuerdo, cuando en tus ojos de hechizos, gustaba la pura esencia de los néctares divinos, de fragancias tan dulcísimas cual las doradas mieles del camoatí.



AMOR QUE ES PRIMAVERA

El hada de la noche va encendiendo los astros, para que el viento cante y vibre la pradera, al impulso benéfico de nueva primavera. Ya la cúpula vasta de negro terciopelo, muéstrase como diosa. Envuelta en regia veste constelada de estrellas, e impregnada de esencias que exhala la pradera. Los cálices elevan a los cielos efluvios de mieles almizclados, el áloe de los bosques, la mirra y el incienso, vuelan en dulces giros, como de pebeteros orientales, embalsamadas ráfagas, en alas de los silfos al azur.

Tiemblan entre la fronda, mecidas blandamente, las diáfanas corolas de seda y terciopelo, nítidas filigranas de mágicos encajes en formas de incensarios. Sutiles arabescos, madreperlas y esmaltes, destellan bajo la luz lunar, que tiñe de reflejos de plata, el cuello de albo cisne que va surcando la ribera, en pos de algas flotantes y el pico rosa hendiendo en el cristal del agua, en donde, como lluvia de diamantes, irradian temblorosas las estrellas.

Cuéntanse los líricos amantes, sus delirios y sus dichas inmensas, bajo el dosel de rosas aromadas y frescas, que piadosas exhalan sus hálitos fragantes, sobre las ilusiones del amor. Cabe la fronda obscura, de un verde cipresal en la honda selva, un

sátiro de mármol, esquiva su impudicia y tuerce el gesto torvo ante ese casto idilio.

Como blanca magnolia nacarada que surgiera de brumas azulosas, sutil, emerge de la nube de tules la doncella, tal una flor del aire en el espacio azul. Ama el varón en ella, la pureza que esa ánfora de gracias en su loor ofrenda: el don de su alma pura tal un lirio fragante de las aguas, sobre el espejo negro de un estanque sombrío. Los astros de sus azules ojos adormidos de ensueño. Las tibias, marfilinas alondras de sus senos en flor. Los brazos de pétalos de nardo y suave terciopelo que a su cuello se ciñen blandamente con tibieza de plumas, cual triunfales guirnaldas de azucenas. El coral de la boca fragante y húmeda de rocio que desprendió a sus ojos el amor, "dulce esencia del alma", de sus azules ojos adormidos de ensueño.

Riela serenamente, boga el ave celeste, bañando de luz plata, la quietud de la selva. En la azulada quietud boga alba y plena y todo canta el milagro de amor que es primavera.

Más... cuando los líricos amantes, unen sus almas bellas, en el soplo inefable de lo eterno que es el beso de amor, brillan más las estrellas y los astros lejanos, nievan sus fragantes pétalos, los azahares de los cidros en flor. Hay más potencia de vida en la selva, el olor de los mirtos es más intenso en la húmeda pradera y el bálsamo sagrado de los obscuros bosques, en donde como broches de záfiros, destellan las azules libélulas.

El rosal se ha inclinado para besar sus sienes, el

albo cisne surca el cristal de las aguas, en pos de las estrellas. El sátiro ha huido entre la selva y todo canta el psalmo de amor, que es primavera.



AÑORANZA

Yo te veo en la quietud nocturna, en la alborada rosa y en la melancolía crepuscular... Más... te siento mejor, en mis nostálgicas sombras... entonces, es más intensa y profunda la añoranza, porque te siento más mío, más solo...
Luego, al desvanecerse tu imágen, augusta tristeza me invade... Para olvidar mi dolor, miro los haces de plata que fluyen de la luna...
¡Empero, la blanca luz lunar, amustia más mi alma!...
Gime el viento en las obscuras copas de los ciprećes...
Es un acento suave y melancólico, que debe ser tu nombre.

CASANDRA

—Sibila: He acariciado en mis sueños, la mascarilla de oro, do estereotipó el mago artífice tu alma...
Bajaré al sepulcro donde moras, sacudirás tu sueño eterno y has de acudir solícita a mi llamado.
Lee en la impenetrable sombra de mi destino, invoca los dioses y a la esfinge, traspasa con tu pupila zahorí mi incierto más allá.
Lee en lo profundo de mi mirar, donde está desnuda mi alma, en las líneas de mis palmas y en mi cara limpia, a la blanca luz lunar.
¡Oh, tú!... ¡Divina profetiza del destino aciago!... Lee mi sino, en la estrella de oro y en su pálida luz.
Yo ofrendaré en tu loor, ricos presentes y valiosos tesoros: láminas de marfil, en formas de pólipos, flores de cristal y diminutos templos áureos, ornados de blancas palomas de plata.
Para decirme el buen o mal augurio, despertarás tu sueño eterno y si fuere aciago, bajaré contigo, a descansar en el olvido, sobre la madre tierra, hasta que el viento que canta en la noche, disperse mi polvo...



SENSITIVA

—El predestinado vendrá — élla dice así y le espera.

—En su loor, yo quemaré mi incienso y la mirra. Ungiré de suaves especias su frente pálida. Y porque él, me dará el milagro del profundo amor, cuajaré en lágrimas, mi honda pena y las ricas yemas de mi vergel, en eclosión de fragante primavera.

Ella, tal una sensitiva replegó sobre sí, los nacarados pétalos de su alma en flor, para guardar la divina esencia.

—Desde aquella hora, apareces ante mí, aureolada de un nimbo luminoso, cual las celestes vírgenes del misterio. Y te evoco, prosternada, sobre la tierra, inclinada la pensativa frente, sobre aquéllo que puso inefable deslumbrar en tu pura mirada. Y te abstrae en silencioso recogimiento.



CANCION DE LUNA

Ave celeste soy. Beso de paz en la harmonía de las noches serenas del amor. Sello de oro bruñido temblando en los estanques de cristal. Postrer lampo azulado, nostálgica visión del astro rey. Pálida amante desolada, por la añorante ensoñación del fuerte luminar. Hostia de luz astral, de blanca luz, bogando cual cisne lírico de plumón luminoso en el azul. Beso suave de fulgor sutil, roce blando de alas, sobre las sienes cálidas de amor. Custodia fiel de los paradisíacos idilios y en las profundas selvas perfumadas, fluidez de plata diáfana, flotando en nubes transparentes de áloe y azahar. Diáfano disco de oro bogando en pos de guirnaldas de estrellas, en praderas de encajes y de azur. Pura amante nostálgica de ensueño y en el misterio, acariciada por el fulgor del sol. Ave celeste soy de las profundas noches, Sello de oro bruñido y temblador en la calma fuente de cristal. Visión de paz serena y maravilla. Maga nostálgica del ideal en el arcano. Inmaculada flor de luz, surgiendo en la augusta soledad. Casta caricia pálida de astral fulgor, sobre las sombras del dolor. Fluidez de plata transparente en hálitos fragantes de áloe y azahar. Y en los paradisíacos idilios de líricos amantes, mágico filtro del amor.



HAZ DE LIRIOS

Eres el haz de lirios cándidos prodigando su perfume y el viento que pasa quiebra tus corolas sedantes, dispersando en sus ligeras alas la pura esencia de tu alma. Cuando el suplicio te acobarda, tú quisieras huir de su recuerdo. Más, es páramo triste el olvido, yermo desolante, en donde todos los astros y harmonías se apagan y en la dulce añoranza, hallas eco piadoso a tu doliente desventura. Ilumina aún tu frente pálida el ave rosa de los dorados sueños. Flotan en el recogimiento de tu templo apacible, dulces aromas, tristes exhalaciones de amustiadas flores, llama latente. Dulce congoja del imposible.
Eres el haz de lirios cándidos, prodigando su perfume...



EL HARPA DE ORO

Vibra en la calma serena, el canto de la cigarra oculta en la fronda y su nota límpida, hiende el viento como una flauta estridente.
Soplan tibios hálitos, flotando en los bálsamos que exhalan los pompones dorados de los espinosos aromos y el suave y mareante almizcle de las acacias florecidas.

Bajo la melancólica quietud del ocaso, resuenan polífonos los cristales de un cardenal de fuego, posado en la verde rama cimbreante de un añoso ombú.
Y los sonidos y rumores lentos, van a extinguirse en el silencio de las lejanas ondas del espacio.
A flor del verde y perfumado tapiz, suavemente salpicado de celestes nomeolvides, encienden millares de luces trémulas, los insectos fugitivos, como invisible sábana constelada de sutiles broches de topacios.

Y cantos, luces y aromas, sintetizan el psalmo glorioso, cual harmónico incensario de tu sagrado templo.

Lira de plata, caja harmoniosa, receptáculo de bellezas.

Es la síntesis, ofrenda de natura al alma infinita que late en el arcano.

Divino tesoro, en donde vibran todas las harmonías de la tierra, como las sonoras ondas que dilata el mágico soplo azul de la suprema harpa de oro.



LA LIRA

Oculto entre la fronda, gorjeaba melodioso un rey del bosque.

Porque sus acentos conmovieran mi alma, le busqué ansiosa.

Al acercarme, hubo un leve rumor... luego, batiendo las alas, hendió el azul y se perdió en las sombras...

Desde entonces, vibran aún en mí, esos acentos, por momentos, parece que se apagan. Tal, una lira rota, en sus postreros acordes.

¡Oh, mi rey cruel... harmonía misteriosa de los bosques!...

—¿Porqué así huiste, después de hacerme oir tu dulce canto, sumiendo para siempre mi alma en la tétrica noche del dolor?...



PRINCESITA DEL AMOR

La tiara constelada de diamantes, ciñe su frente inmaculada.

Aureas ajorcas irisadas de perlas, aprisionan sus marfilinos brazos.

Ella, posee regios alcázares, sombríos bosques, poblados de embriagantes aromas y musicales harmonías; extraños pájaros de plumajes luminosos, fabulosas deidades y canoras fuentes de cristal, no obstante, llora la honda congoja de su amor.

—Dulce princesa,—¡quién trocara tu roido corazón, tu inmenso poderío, por la ventura inefable de la zagala!...

La cándida doncella de rubias trenzas, como la dorada miel de los cigarrales y dulces pupilas zafir.

Ella, la venturosa, que a la vera del amado, va por las verdes colinas salpicadas de nevadas margaritas.

—¡Melancólica princesa, quién trocara tu llanto que es gemido de ave herida, por el júbilo de la pastora, que va cantando por los campos, cual una alondra ebria de luz y siente gozosa, cómo suben a lo alto trenzados sus acentos, con los del zagal de sus ensueños, hasta desvanecerse en los murmurios del viento!... Princesa, dulce cautiva de tu desventura.

—¡Quién trocara tu vano poderío por la dicha inefable de aquélla princesita del amor!...



BAJO EL SOL NACIENTE

Diz que esto acaeció a un súbdito del Mikado en la muy remota región que ve al sol naciente. Opiómano y morador de una frágil casilla de bambú perdida en un lejano lugar de Yokohama y suavemente bañado por el lampo azulado de la luna.

Entregado estaba a sus sueños favoritos el japonés Yeyasu, al dulce beleño oriental extraído de las narcotizantes adormideras.

Yacía, negligente, en cómoda poltrona. Displicente sonrisa iluminaba de inefable placidez su demacrada faz color limón.

Lentamente caía en soporífero ensueño, sintiendo un extraño placer en abandonarse al entorpecimiento cerebral.

Pensaba aún, más, era la luz del pensamiento, raudo pájaro azul que sutilmente y alternando, ya posaba en su cerebro, ya hundíase en fantásticas y remotísimas regiones de intangibles horizontes nebulosos.

En la placidez de su cuerpo exhausto, penetraba el cansancio y por los flácidos miembros fluía la sangre cual líquido plomo.

Por fin los párpados pesados, lentamente cayeron. Y entró Yeyasu al país exótico con el delirio de un extraño sopor.

Brillante, inusitado soplo, diafanizó la transparente atmósfera azul y de todos los ámbitos brotaron sonoras ondas que resonaban doquier como vibrantes alas broncíneas que morían en velados timbres, cabe ignotas lejanías. En la fantasmagórica visión la fulgurante luz color azul de otrora, tornábase en nítido e iridiscente rosicler.
Extraño sueño imaginario contemplado como a través de mágico caleidoscopio.

La conciencia del mundo exterior existía aún, percibiendo vagos rumores y extraños sonidos que se desvanecían como extenuados suspiros lejanos en postreras agonías de crepúsculos violados. Se apagaba el pensamiento, no existía ya el yo activo, corriendo veloz rumbo a lo ignoto, en donde las ideas se esfuman en confusión de brumas. Y era ahora solo un cuerpo etéreo, fluido inmaterial, elevándose en la presión de suave empuje a inconmensurable altura, desvaneciéndose cual volátil en sutiles y sonoras ondas vibradoras en desconocidos horizontes.

Bajo los torrentes de un dorado sol, surgen geishas sutiles de planos rostros azafranados. Cabe el ambarino éter de la diáfana atmósfera, sonríen bajo chatos y polícromos quitasoles.
Van por entre matas de un suave verde malva coronadas de risados crisantemos, amarillos, rojos y de suave rosicler, que cimbréanse lentamente impulsados por un fresco vientecillo impregnado de sus aromas leves.

En la inconmensurable lejanía, dilátanse amplios horizontes.

Sobre un cristalino y terso lago azul turquí, flotan sutiles nubecillas, hinchadas de rosada luz que difunden suave fulgor en el plumón de albura de inmaculados ibis que bogan serenamente sobre las quietas y transparentes aguas de cambiantes juegos interiores, cual gema inmensa de traslúcido azul.

Las figulinas se alejan desapareciendo tras una nebulosa por entre los sinuosos senderos que serpentean como cintas de plata entre brezos y bambúes hasta extinguirse en la finitud de un horizonte brumoso.

Háse trocado el jardín en exótica estancia nipona. De la cristalina atmósfera de un color verde limón fluyen torrentes tan verdes que las caritas de marfil de las frágiles musmés, se contraen lívidas bajo los reflejos que desmayan en acerados rayos como pálidas esmeraldas diluídas en un líquido de plata, resbalando en cambiantes reflejos por las muelles sedas chinas de los amplios ropajes orientales.

Sobre mesitas de laca negra, lucen esmaltados tibores, haces de albos lotos y de multicolores crisantemos.

De pronto y como a un conjuro, se desprenden de sus esmaltes las diminutas y gráciles figulinas. Son clásicas musmés perdidas en amplios y claros kimonos, salpicados de dorados dragones de tornasoladas corazas, exóticas flores y negras serpientes. Ejecutan lenta danza, sus gestos son automáticos y

en las diminutas faces de marfil como movidos por hábiles resortes, giran en picorescos guiños y expresivas miradas, sus oblícuos ojos como puntitos de tinta china. Bajo la nítida atmósfera, lanzan destellos fugaces, como rayos de sol, las agujas de oro puro hundidas en el lacio ébano de sus cabelleras. Sobre las frescas esteras, salpicadas de lotos y cerezos, en torno a enano taburete de bambú, pónense en cuclillas.

Una geisha, frágil figulina de roja boca como una guinda en su marfilina faz y tocado el ébano de su lacio cabello por dorado crisantemo como un sol, sirve en sutiles tacitas de loza de satzuma el aromado thé humeante que dilata un vaho de dulce sabor y extraña mezcla saturada como de rubio tabaco y de fragantes crisantemos.
En tanto, la atmósfera háse trocado tan transparente que bajo las cascadas brillantes se diafaniza y es como un verde cristal de viva luz el cuadro nipón.
Doquier brotan y se estiran por los ámbitos notas dulces y vibraciones de bronces sonoros y al ritmo de la exótica musicalidad y la cadencia de sus timbres, ejecutan las geishas, frágiles figulinas de marfil, harmoniosas reverencias y extraños arabescos, hieráticas como en beatífica evocación de un sagrado Budha, surgiendo de místico Nirvana. Lentamente tórnase la atmósfera en un cristalino y puro rubí.

Incandescente sol de nítido fuego, arroja cascadas

de llamas brillantes de tan viva luz, que encegue-cidas las musmés, se confunden en un remolino de luces y sedas que crujen como secas hojas de bambú, girando veloces en un círculo vertiginoso, lanzando destellos de la orgía de ascuas y rayos de polícromos colores.

Lotos y crisantemos danzan en los tibores mecidos dulcemente al cadencioso ritmo de los timbres sonoros.

Desprenden de las chinescas sedas, los dragones de cambiantes reflejos y las negras serpientes de los kimonos, danzan también, deslizándose por fin furtivamente, entre el exotismo de una lujuriante flora oriental.

Agoniza parpadeando en lejanas brumas, el vivo sol rubí. Levemente se apaga el fulgor bermejo en una nebulosa, esfúmanse las borrosas figuras japonesas y los nítidos perfiles de las geishas. En tanto, lotos y crisantemos, desmayan en un vapor azul. Extinguen las harmonías en fantasmagóricas lejanías, cual las visiones que se esfuman en los vagos crepúsculos sombríos de los sueños ignotos...

Diz que esto acaeció a un súbdito del Mikado, en la muy remota región que ve al sol naciente. Opiómano y morador de una frágil casilla de bambú perdida en un lejano lugar de Yokohama y suavemente bañado por el lampo azulado de la luna.



AFRODITA

Canta la linfa en la fontana de piedra, la alabanza al alma que palpita en el mármol y la Venus, aparece surgiendo como un astro, sobre las negras aguas temblantes, que reflejan la desnudez de su carne gloriosa, flor de las espumas del mar azul...
Canta la linfa en la fontana y a través de la obscura fronda perfumada, fluye Selene, la caricia de su plata y mientras los silfos, llenan los aires de cristalinas músicas aladas... canta la linfa en la fontana...



SAGRADA BAYADERA

En la sombría quietud de la pagoda, música quejumbrosa dilata su hondo lamento de monorítmica sonoridad, cual suspiro angustioso en el misterio.

Tintinean, como timbres al tocarse, las ajorcas de oro liso que aprisionan los finos tobillos de la danzarina.

Danza hierática la bayadera de los sagrados templos brahmanistas.

Surge beatífica de la sombría serenidad, en blando y suave deslizar, tenso el gesto en cuasi doliente contracción, palpitante la roja y perfumada boca, cruel y divina. Anfora deleitosa de los néctares profanos.

Moviéndose en castas languideces adormidas de nostalgias infinitas, las sombrías mariposas melancólicas de sus dulces ojos negros que desmayan en azules fulgores como fluidez de ensueños vagos en el violado crepúsculo de sus profundas ojeras.

Danza beatífica, temblante y estremecida en el delirio místico, ante las frías miradas de los contemplativos ídolos indios, como sonámbula adormecida, bajo un poder extraño de filtros mágicos y conjuros de ignotos hechiceros.

Cuajadas las púdicas desnudeces de trémulos y resplandecientes joyeles y deslumbrante chispear azul, en las gráciles manos de afilados dedos, y en el patinado bronce de los mórbidos brazos enroscados reptiles y serpientes fulgurantes de esmeraldas y rubíes.

Cálida y fragante danza en la nube sutil, como brillante mariposa de colores, envuelta en gasas como alas transparentes e impregnadas las morenas carnes con esos extraños almizcles que dan vértigos y flotan en las tibias ráfagas de la noche de estío como un mareante vaho de orgías de perfumes en paganas saturnales.

En la cúpula de la pagoda, la brisa tibia agita blandamente los sutiles plumajes de pavo real que al temblar forman un trémulo y cambiante resplandor. Lucen en los muros, maravillosas ofrendas. Diáfanos velos color verde malva o ámbar pálido, bordados de exóticas flores en relieves de cristales, oro, plata, talco y doradas lentejuelas. Tesoros extraños de valores cual joyeles. Tapices persas de púrpura, perfumados de sándalo y bordados de serpientes negras, tornasolados reptiles, recamados con finas redecillas y encajes de oro y plata entre una lujuriante flora asiática.

Resuena como un lejano lamento la monorítmica harmonía bajo el cambiante fulgor. En tanto acechan en las sombras los contemplativos dioses indostánicos del fatalismo y los feroces dragones de rudas y esmaltadas corazas.

Poseída de la religiosa superstición fascinadora que

da la fuerza del fanatismo, danza la sagrada bayadera ante los magos, hechiceros sacerdotes de Brahma y encantadores de serpientes.

Danza, hierática y divina, iluminada de sedeña y mística sonrisa la cobriza faz, ondulantes las azulosas crenchas de ébano desmayando en vibrantes matas sobre los morenos y fragantes senos impregnados de indianas esencias y ámbares, sujetos en rodelas de oro puro entre las que luce un talismán sagrado de granate, cual una lágrima de sangre. Aprisionado el torneado cuello en el tesoro de bermeja gargantilla de carbunclos como libélulas de fuego, y collares de negras y rosadas perlas de mágicos orientes.

Danza la cortesana de los dioses de la hermética India, hierática y voluptuosa, cálida y estremecida de místico deleite, envuelta en los flotantes velos, entre luces, músicas y vahos de violentos y suaves perfumes.

Son para éllos, los fríos ídolos de los enigmas tus ofrendas de amor, para éllos, los harmoniosos ritos de tus sagradas danzas y tus espasmos deletéreos.

Bajo la fría mirada de la Trimurti con su triple cabeza, danza, alejándose, la sagrada bayadera, en un deslizamiento blando. Agonizan velados por la lejanía, el tintinear de los timbres de oro y la musical quejumbre, cual ignoto suspiro flotante en el misterio.

Apágase lentamente el trémulo resplandor violáceo de los joyeles, cual un escudo de fuegos polícromos, parpadeando sus postreros destellos en las brumas. Es una nostálgica flor crepuscular desva-

neciéndose en los flotantes tules, en orgías de amustiadas luces y efluvios de bálsamos y esencias. apagándose como el lánguido y lejano ensueño azul de opio en un remoto oriente.



LA DIOSA

Tañe la lira de marfil y como haces de fragantes lirios, brotan las estrofas de sus psalmos, más, al acercarse la amada, su corazón oprimido, acelera el ritmo, la palidez de amor, invade su faz serena y lo que el labio trémulo, no osa balbucir, azas lo dicen los ojos ahitos de ensueño.

Plácele que sus esclavas, tributen dones a su diosa, que, sobre sus blancas manos como rayos de luna, deshojen pétalos de nardos y ciñan la pura frente, de suaves anémonas. En tanto, al son de harmoniosos laúdes y tamboriles, danzan, cubiertas como las Gracias, sus desnudeces, de sutiles velos y entrelazadas en aromadas guirnaldas de blancas rosas.



AVE DEL ARROZAL

Yo, entonces, también sonreía, mas, mi sonrisa era celeste y tan luminosa, como aquélla que sólo da el amor venturoso. Y era feliz, mirándome en la profunda noche de tus pupilas, que lanzaban destellos tan agudos a mi corazón, como las flechas de tus arcos. ¡Cómo brillaban bajo la roja vincha de plumas multicolores que ceñían tus sienes!... En el estío ardiente, huíamos de las cabañas, para, en la soledad profunda y en los más aislados lugares, entregarnos a los delirios del amor.

Yo, entonces, también sonreía, más, mi sonrisa era celeste y tan luminosa, como aquélla que sólo da el amor venturoso. Y era feliz, cuando con deleite, posabas tu cabeza de negras crenchas como el ébano y azulosos reflejos en sus ondas, tu cabeza como el ala del cuervo, sobre el cisne de mi blanca túnica y ceñías con el dulce lazo de tu brazo fuerte y teñido de sangre, mi cintura.

Bajo la luz inmóvil de la luna, a la sombra de los tamarindos, oíamos, callados, en el hondo silencio de la selva, resonar los rugidos de los cocodrilos, el canto de las codornices, de los pájaros ocultos en las encinas y los murmullos del mar.

Llenas nuestras almas del misterio de las praderas y del Gran Espíritu, bajo la luz azulada de la luna,

que brillaba sobre el cristal de los lagos, nos entregábamos a los delirios del amor.

Yo, entonces, también sonreía, más, mi sonrisa era celeste y tan luminosa, como aquélla que sólo da el amor venturoso.

—Ave del arrozal, él me decía:

—Tu carne morena, es tan fragante, como los ámbares que flotan sobre las verdes ondas del Mesehacebé y tan ardiente, cual las arenas del desierto caldeadas por el sol. Tus negros ojos de hechizos, son como de serpientes que atraen y silban entre los olmos y como sus pieles de colores, sus destellos metálicos.

Así, creía morir en el deleite de su amor, cuando él me decía:

—Ave mía, ave del arrozal, tiene sabor como de vides silvestres y su licor, tu boca húmeda y fragante y como éllas, dá su vértigo y su miel.

Y yo, pensaba en lo dulce que fuera morir así, en el deleite de su amor, porque entonces, también sonreía, mas, mi sonrisa era celeste y tan luminosa, como aquélla que sólo dá el amor venturoso.



PSALMO DE AMOR

Ha de ceñir mis sienes, con suave guirnalda de jacintos, emblema del dolor y la tristeza. Bogando en el estanque rosa, el dorado bajel, me llevará en alas de mi ensueño, al horizonte azul de aquella lejanía. Y las corolas vivas que flotan sobre las aguas quietas, han de saturar mi rostro con húmeda fragancia.

Yo pulsaré mi lira y el psalmo de amor que vibra en élla, será cual un lamento, quebrando el silencio de la noche, bajo la luz del cielo.

INDICE

Pág.






UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028292892